

MARTIN FIERRO

Periódico quincenal de arte y crítica libre

10 Cts.

NUMERO DOBLE — EDICION DE 12 PAGINAS

10 Cts.

Segunda época, Año I.º. Núm. 10 y 11

Buenos Aires, Septiembre — Octubre 9 de 1924

Dirección y Adm.: Bustamante 27

Primavera

Ante todo ¡Viva la cursilería! Cursilería de estar enamorado, cursilería de emocionarse ante un duraznero florido, cursilería de advertir que el cielo está más claro y las mujeres más hermosas, cursilería de la naturaleza que sólo tiene dos temas melódicos: el otoño y la primavera. Cursilería de haber dicho te amo. Cursilería de haberse puesto azul al oír que le dicen te adoro. Cursilería. La primavera ha llegado con su bagaje de cursilería. Sus flores han invadido los jardines y las floristerías. Hay rosas por todos lados, en las vidrieras, en los balcones, en las mesas de los restaurants, en el pecho, en la boca de las mujeres. Hay niñas que buscan novio y van con un ramo de flores en la mano. Las mujeres hacen camoufflage de su belleza, llevando rosas, muchas rosas en la mano. Y las esposas jóvenes que aún esperan el otoño de la maternidad, hacen training llevando un ramo de flores como si llevaran un bebé. En las ferias entre el bochincho del toma y daca, entre el rojo demagógico de los tomates primerizos y el verde guarango de los ajíes, las flores se mantienen apartadas cuidando silenciosas la dignidad de su belleza. En cada esquina hay un hombre sonriente que vende flores. Yo pienso que la humildad de la violeta es un cuento inventado por floristas para que todos compren violetas, las últimas de invierno. Todas las revistas reproducen el cuadro de Boticelli.

Primavera. Cursilería del artículo de diario saludando la primavera. Apertura del salón anual con pinturas al aceite. Paseo de jubilados por las veredas tranquilas llenas de sol. Palermo es un gran jardín de infantes. Canchas de rugby donde los muchachos juegan a hacerse pedazos, canchas de tenis donde las mujeres juegan para olvidar su sexo. Cursilería de estar pensando en la novia mientras la jazzband del café de la esquina enloquece el silencio. Carreteras desenfundadas de autos transparentes por las avenidas luminosas. Pasan muchachos con cara de boxeadores; en todo hombre hay un boxeador subjetivo.

Primavera. Las chicas de los colegios se leen recíprocamente las cartas de sus novios, en los recreos, a escondidas de la profesora de moral que es fea. Las mujeres comienzan a desnudarse. Cursilería de un desnudo que ha copiado toda la Academia de Bellas Artes.

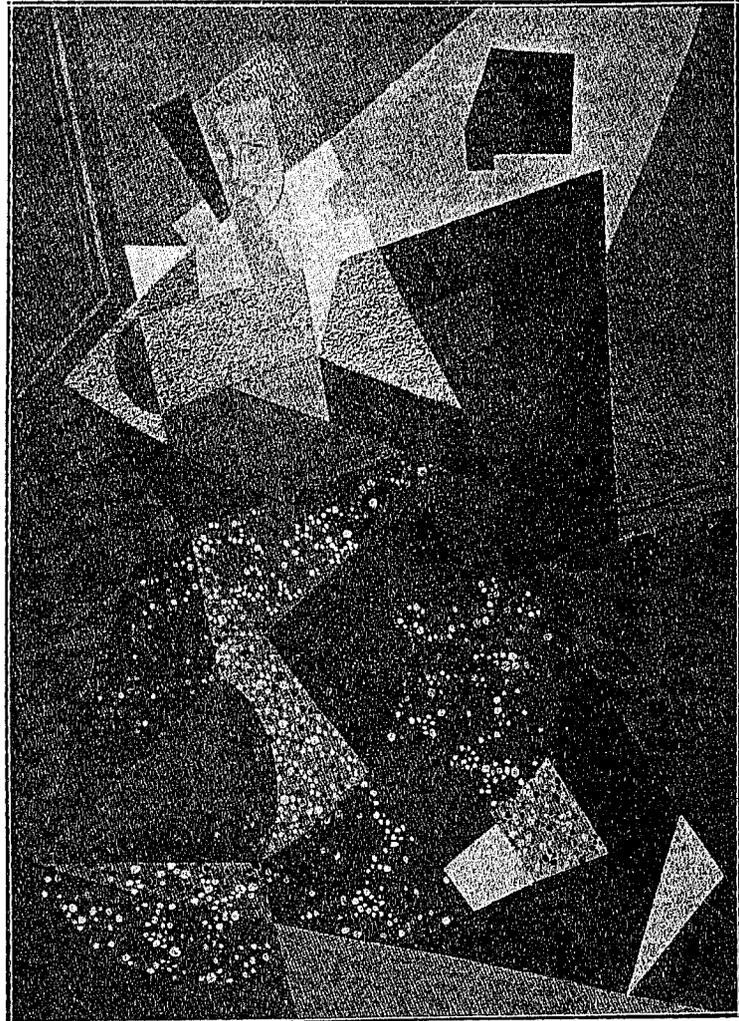
Domingo de septiembre en Palermo. Encantadora cursilería de la primavera. Paseos en botes por el lago, de muchachas sin melena, que han conseguido un novio, humilde como un boleto de tranvía. Fotógrafos ambulantes, especie de escribanos de la luz que dan fe de un episodio de romanticismo municipal mediante una fotografía. Rosaleda, hermoso musco de rosas *au plein air*. Hay tanta luz que dan ganas de guardar para los días nublados. En estos días de primavera quisiera ser el señor Intendente para pasearme por todo Buenos Aires en un Packard abierto, saludado por los agentes de tráfico. Este año la primavera llegó del lado del río y se mojó los pies. En el Botánico florecen las flores y los amores. Recuerdo que mi único amor es de Jardín Botánico. A veces, la palabra primavera me parece el nombre de un pueblo donde no hay premios municipales. Mientras dure la primavera yo diré esta oración: Primavera, dame el poco de cursilería que me pertenece.

Pablo ROJAS PAZ.

EN ESTE NUMERO:

Pettoruti, por A. Xul Solar.
Emoción y \$, por Eduardo González Lanuza.
Nora Lange, por Jorge Luis Borges.
El Conservatorio Nacional, por Leopoldo Hurtado.
Andrés L. Caro, por Héctor Castillo.
La oratoria del hombre confuso, por M. Fernández.
El Salón Nacional, por Alberto Prebisch.
El espíritu del finado, por Roberto Ledesma.
Versos de: Enrique M. Amorin, Brandon Carriffa,
Andrés L. Caro, Cordova Iturburu, Nora Lange,
Vizconde de Lazcano Tegu, Poetas de Chile. Varios otros textos, epigramas, notas gráficas.

P E T T O R U T I



Pettoruti.—Bailarines

Digamos algo más del conocido pintor plutense Pettoruti, uno de la vanguardia criolla hacia lo futuro, uno de los pocos que luchan conscientemente por nuestra completa independencia espiritual.

Aun muy joven. Siempre electrizado, chispeante, es un activo fermento y comburente en la vida de sus amigos, y lo será ciertamente también en la vida de nuestra patria.

Complicada idiosincrasia moderna. Inquieto en su alma y serenamente feliz en su arte. Apasionado de realidad, se aleja siempre más de ella en sus cuadros. Epicéreo cotidiano, vivo para su ideal de belleza.

Poco respetuoso de preceptos, estudia y se renueva continuamente. Hizo el arduo aprendizaje artístico a través de su propio drama, en sí mismo, y no acumulando friamente recetas; cada etapa de su desarrollo, aun cada adquisición técnica, corresponden en él a una nueva sazón de su alma. Mucho buscó y meditó y ensayó. Pronto llegó a lo más difícil, a la madurez que equivale a un segundo nacimiento, el encontrarse a sí mismo. Ahora, ya con un capital ren-

lizado de armoniosas obras que nos garantiza su porvenir, se entrega de lleno a la embriaguez de crear; corrigiendo, dosando con su ciencia, gusto y fineza las mayores audacias, la exuberancia del Sur. Inventa libremente, cosas poco clasificables, a menudo discutibles, pero que contienen vida, y la tan rara esencia: Belleza.

Cosas que, aunque siempre dentro del mejor gusto, se salen de la ley común—de la letra de la ley—haciendo escuela de por sí. Verdadera, pura pintura, fuera de lo que llamaron pintar durante siglos, gravosa superstición deducida del museo por algunos críticos famosos del período histórico que está feneciendo, de ciertas regiones que se creían (y se creen) centro y clave universal. Cierto es que el arte, el gran arte, es arcaico como el hombre; y el arte novísimo es un producto, una necesidad tan lógica (y mucho más honda y seria y fevunda) de la cultura actual, como podía serlo el arte que se hacía por y para príncipes y magnates en el Renacimiento.

(Siguen en página 7).

A c o t a c i o n e s a u n t e m a v i t a l

Aunque MARTIN FIERRO es un periódico que ha tenido en cuenta la "impermeabilidad hipopótamica del honorable público", no está de más que de vez en cuando descienda hacia la llanura mediocre donde se debate dantesco y enigmático el innumerable plebe, sin sensibilidad y sin aspiraciones que comenta y glosa ignorante el "mal camino" a que vamos precipitados toda la nueva generación. Para ellos, pues, una pequeña explicación superficial, fácil de comprender, que los oriente sobre el significado de las "cosas desconcertantes", "fuera de toda lógica y estética" que aparecen en nuestras columnas. "Cosas" que irrumpen en el ambiente con el estrépito de un petardo o con la sorpresa traicionera de una bombita de mal olor. (Mal olor fabricado, ¿eh?, hecho a propósito para ser olido. No, olor de la "cosa misma").

MARTIN FIERRO es el reflejo de las nuevas aspiraciones, de los nuevos ideales, de la nueva sensibilidad argentina, de la juventud. Juventud que avanza y rompe con las viejas ideas cristalizadas desde nuestros orígenes hasta la fecha. Argentina, porque forma ella la personalidad autóctona de nuestra raza, porque plasma en sí el cuerpo espiritual de nuestra idiosincrasia nativa. ¿Cómo? Muy sencillamente. Masticar y digerir todo el menú que la vieja Europa le presenta, desde las osculturas etruscas, hasta el manifiesto de Marinetti. En este proceso "orgánico", su personalidad argentina se destaca tomando lo que le cuadra y le conviene. No como imitación porque no puede efectuar trasplantes, sino como medio de cultura para extraer de ella misma lo que la constituye en raza nueva.

Alguien ha querido ver en nuestra obra colectiva (MARTIN FIERRO, "Pron", "Extrema Izquierda", "Inicial" y las producciones personales) una burda copia de los unos a los otros. Como no existe en muchos la delicadeza, por lo menos visual, para establecer diferencias, se ha creído así sintetizar un esfuerzo ponderable, cuya importancia sólo puede no ser vista por aquellos encogecidos en estúpidas egolatrías o en combatados, por ignorancia, en el "espantoso" prejuicio de "el arte debe ser así"...

Hablar de igualdad literaria. (yo creo que los profanos se refieren a la forma. Para ellos, por ejemplo, no hay poesía, sino cuando las últimas sílabas de un verso riman: cama, rama...) en esta época, es caer en una redundancia, cuando no en un anacronismo. Más, es ignorar en absoluto las orientaciones actuales, la sensibilidad del momento y, sobre todo, el volcán que se agita en el presente. Presento que contiene la primera nueva generación en la historia artística argentina. Primer punto de partida en la gestación de lo por llegar.

Yo no me explico cómo puede negársele importancia a la época. Me obtura el razonamiento la sonrisa incrédula, que enmascara indiferencia, de ciertas personalidades impermeables a la corriente de renovación, cuya importancia alcanza más allá de cualquier otro movimiento análogo en los años anteriores. Aquellos se refirieron a la forma más bien, a las escuelas; éstos, van directamente a la base, al fondo, a la constitución de la personalidad, de la raza.

Quien siga de cerca el movimiento universal en todo género de actividades, no puede dejar pasar inadvertida la efervescencia de los países sudamericanos, donde palpita a ojos vistas el mismo anhelo de independencia y de consolidación de las características autóctonas. Méjico, que en esto marcha a la cabeza, ha podido llegar a plasmar en su movimiento inicial toda una labor patriótica de verdadero mérito. Desde Vasconcelos a Rivera, literatura y pintura, una pléyade de intelectuales se esfuerza por destacar — y lo consiguen — los valores imponderables que agitan el continente. Allí también se tropieza con prejuicios parapetados tras las academias conservadoras, tras enmohecidas literaturas fabricadas en molde, pero con tesón y valentía se triunfa: Rivera decora, en su arte discutido, el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, el Ministerio de Instrucción Pública, la Escuela de Agricultura, afirmando con su paleta, donde se mezclan los colores de las "jicaras" y los "sarapes", todo el modernismo de la nueva escuela mejicana. Y como cada época tiene su obra clásica, no es aventurado afirmar que éstas sea las de un renacimiento azteca... Si es así, habrá llegado el caso de empezar a vislumbrar el perdón que los pueblos de América otorgarán a los conquistadores por haberlos conquistado...

Volviendo a la cuestión, continuará diciendo que en la juventud argentina, todos estamos unidos por un lazo común, todos nos "parecemos" porque alentamos los

mismos ideales, idéntica sensibilidad, igual amor, y hasta, — consecuencia de ello, — la misma aparente forma de fondo, y la misma aparente forma de expresarnos. Esto se debe tener en cuenta, para juzgar a cada poeta, individualmente, de loco, irreflexivo o excéntrico, o para lapidar, el conjunto, con el epíteto de plagiarios; muy distinto por cierto, del de solidaridad y del del sentir común. Porque, no es uno, dos, ni tres, son cientos que se agitan en la misma corriente de ideas. Todo son nuevas formas, nuevos ideales, sin apartarse, "homi soit qui mal y pense", de la belleza pura, fuente única. (Cuando se dice belleza pura, no debe leerse Venus de Milo). Parece es bueno convenir que pasé a la historia la estéril Edad Media, con la sensibilidad aya, del mundolín, del taparrabo de seda y de la escala de cuerdas. Anatole France (oh, sí, magnífico! Ya lo sé), etc., etc., son piezas de museo. Mi ideal, hoy día, no es el Quijote, (por Dios, no discutamos. Harlo he digerido su belleza) ni los suspiros a lo Rousseau. (Los suspiros a lo Rousseau adquirieron un significado especial en el romanticismo. Ahora, nos hemos dado cuenta que son, en algo, muy parecidos a los de las prostitutas). Mi ideal es la vida misma tal como se me presenta. Tal como la siento. ¡Yo soy el mundo! Por más esfuerzos que realice, me es imposible comprenderla, proscribiendo de mí, a través de la robusta Venus del Louvre,

Versos a una dama voluble

Mi señora: habéis optado
entre yo y el capitán
por ese pelafustán
galonado.

A censuráos no osa
mi austeridad tal idea;
el brillo a todos marea
y el brillo no es poca cosa.

Y confieso sin doblez
a fe de persona honrada,
que si un poeta no es nada,
un capitán mucho es.

En efecto: yo... ¿qué tengo?
mi mochila de canciones;
él tiene muchos galones
y convengo

en que si el cantar de oído
me da ciertos retintines,
él tiene sus espollines
que hacen ruido.

Tiene, además, su bravía
(permittede que me ría)
apostura de soldado,
su casaca, su entorchado...
yo... tengo la melodía
y toda la utilería
de anímicos menesteres.

Mas, es verdad, sin dorados
y sin bélicos enseres,
¿qué he de esperar de los hados?
Siempre los hombres armados
gustaron a las mujeres.

Por otra parte, señora,
soy un triste. Mi tristeza
es la impreca belleza
que mi sonata decora.

Y él, mi honradez lo confiesa,
es de una alegre llaneza,
aunque aburre a toda hora.

Además... (en este punto
también me advierto pequeño)
tengo en la cabeza un sueño
de armonía y un lamento
de comprensión... casi nada...
puras cosas inservibles...
y él, por mi mal, dueña amada,
los oros indisecables
de su gorra galoneada.

o del desprecio cómodo o la vejez de Franco. Ven la Naturalzoa con mis ojos siglo XX, con mi sensibilidad argentina y siglo XX. Protender interpretar los fenómenos de la vida por el prismatico de un autor proferido o de una bolla obra: es cometer una verdadera bollaquería consigo mismo. He aquí el cordón un bilical. Hoy la carreta se llama automóvil (en el Quijote, es extraño, no he podido hallar esta palabra); las visiones de Leonardo son ahora aeroplano; y la manzana de Adán, "malgró" la de Newton, es el fruto fatal que exigimos de todas las mujeres desnudas de ropas y prejuicios.

Tomando al azar cualquiera de las revistas actuales donde se manifiesta inconfundible la orientación, puedo comprenderse fácilmente lo que deseo expresar. Os invito a que os detengáis en los poemas que llevan las firmas de Güiraldes, de Borges, de Rojas Paz, de Girondo, etc., etc. No es posible decir que ellos sean plagio el uro del otro. Las diferencias son fundamentales. Pero no se puede negar que salen como de un foco común. He aquí la sensibilidad presente. Están impregnados de la renovación. Foco que, puede observarse, no sólo entre nosotros, sino en todas las manifestaciones del arte en cualquier parte del mundo. En literatura el fenómeno se presenta perfectamente claro: Flouret, Giroudoux, Romains, Morand, Radiguet, dejando de citar Apollinaire, etc., por un lado, Gómez de la Serna y los nuevos autores españoles, por otro. En música, Debussy, Ravel, mas allá Stravinsky... (¿por qué no, Falla?) En pintura después del impresionismo, — tan combatido en sus principios, y hoy aceptado como pureza — las nuevas escuelas pictóricas cuyo valor no discuto (ya llegará el momento en que se las otienda), pero a las cuales es imposible negarles carácter de inquietadoras y hasta, para mí, precursoras de una novísima época mucho más definida e inteligente que la nuestra. Estamos en vísperas de un renacimiento. Y las corrientes intelectuales de América entrarán en Europa depurando el ambiente musgoso de su vejez inhábil.

Fuera del movimiento intelectual, la nueva sociedad, viciada o depurada por la nueva burguesía y el snobismo, no es más que un poema moderno: tartamudez del fox-trot, ansia en el tango, piruetas sentimentales, fuerza es la desnudez desorbitada de los vestidos ligeros, y de las angustias sensuales que penetran como ondas hertzianas. ¿Plagio? Un mismo sentir y nada más. Es extraño, la sociedad ríe del futurismo, por ejemplo, o del ultraísmo, y al mismo tiempo realiza para sí el pecado más grande que dar se pueda contra la tradición de los cultombres. Hoy día una mujer nos parece bella porque reúne en su persona todos los atributos modernos del tipo de belleza que nos hemos forjado y que ella constituye. La Gioconda o las mujeres de Rubens son verdaderos adfechos, comparados con nuestras mujeres de la época. A nadie se le ocurre gustar de una mujer porque ella reúna en su tipo, el tipo clásico griego. En esto, todos son modernismos. Pero llega un artista reflejando plásticamente la mujer actual y una batahola lo rodea abominante. En literatura, se pretendé vivir en pleno siglo XIX mientras la vida misma se desevalúa en círculos cada vez más distantes de todo lo que es modelo. Es verdaderamente incompreensible.

Yo tengo admiración por la ebullición actual en que nos debatimos todos. Y más me admiro en la obra por venir que acabará por plasmarse (¿quién lo duda!) y a la cual habremos contribuido cada uno en la medida de las fuerzas personales.

Al tocar estos temas, — que siempre es como un salto atrás que damos, — lo hago con disgusto. Ya no se debería volver sobre ellos. La gente debiera tenerlos latentes en la conciencia, vivíroslos. Así se apresuraría más el proceso, esta transición por que pasamos. Al entregar las presentes líneas, me ha dado una especie de pudor, parecido al del que fué borracho que se ve obligado por razones de salud o cambios de vida a solicitar al barman de su amistad un vaso de leche...

Un poco de más comprensión es lo que se necesita. Comprender, he aquí todo. ¿Qué culpa tiene el cojo de nacer cojo? ¿No sería una ignorancia obligarlo a que no camine porque no marcha con elegancia o por que lo hace distinto a los demás?

Serge PANINE.

¡Ayude a Martin Fierro!

Subscripción (única) por un año..... \$ 2.50

Avisos \$ 2.— el centímetro

Córdoba ITURBURU.

EMOCION Y \$

Si la corrupción del sistema capitalista no fuera evidente, dentro mismo de los órdenes sociales políticos y económicos, bastaría contemplar sus efectos en las esferas de una categoría más espiritual, como son el amor y el arte, para comprobar cómo su existencia es incompatible con la más rudimentaria noción de la decencia. La propiedad privada es la causa capital, directa y casi única de la prostitución, que es la antitesis del amor y del afán logrero y mercantilista, que es la negación del arte.

El Estado, que ejerce vigilancia y hasta cierta paternal tutela sobre las casas públicas, producida tal vez por una subconsciente noción de responsabilidad que lo acarrea una paternidad indiscutible no podía dejar librada a sus propios esfuerzos a esa otra prostitución, la artística, tan evidente como aquella, tanto en sus manifestaciones como en su origen; y más repelente aún ésta, pues en los prostíbulos sólo se trafica con el cuerpo de las víctimas, mientras que aquí es el alma la que se alquila, entregándose al ruin manoseo de los que pagan.

En la prostitución hay algo más tremendamente humano que el problema angustiante de las mujeres, cuya existencia dolorosa es un hurao infame, más hondo o insalvable que el dilema que las enfermedades específicas plantean; es el tráfico que se establece con lo intráfico, con la única santidad posible de la vida, con el amor; destello excepcional en esta tiniebla hostil de la existencia que, de apagarse, nos hundiría en la babosa bruma de la bestialidad que nos acecha, acurrucada en las entrañas.

Y eso mismo sucede con el tráfico en el arte. El Arte, esa prolongación estilizada, esa superación de la vida, alcanzada gracias a la emoción creadora, es otra de las ventanas abiertas al jardín de una clara posibilidad de auroras, y no podía menos de caer en las garras de los que ya se han adueñado del pan y de la tierra, del amor y de la alegría. Y es que el Estado, que es la organización y el privilegio, y por fatal consecuencia enemigo lógico de la vida y de los hombres, no podía permanecer indiferente ante el esfuerzo de renovación y el hábito de rebeldía que el arte significa. Un cristalino instinto, supliendo su ceguera total de inteligencia, lo determinó a defenderse contra el enemigo, en forma eficaz y decisiva; no persiguiendo ni hostigando a los artistas, sino alentándolos bajo la cauta suavidad de su tutela, amparándolos en la viscosa esterilidad de su seno: domesticándolos.

Esta es toda la razón de ser, la única razón de ser de los premios nacionales y municipales. Bajo cualquier otro aspecto, el Estado, organización de y para los capitalistas, nada tiene que hacer con el arte.

Por la consecución de los premios consistentes en sabrosísimas sumas y una reclame nada despreciable, todos adoran el becerro de oro y sacrifican gustosos sus ensueños revolucionarios y sus creos estéticas, que al fin y al cabo ¡bah! nada significan frente a la respetable tradición de las pétreas proposiciones de las academias aquilatadas por la vejez de los siglos.

La emoción, previamente recordada y distribuida en dosis homeopáticas en elegantes envases a la moda imperante en el círculo de los jurados, puede transformarse en el puchero. (¿Qué cosa más natural que el alma alimento al cuerpo, si éste le sirve de receptáculo y morada?)

La oficialización del arte trae como consecuencia ineludible un estancamiento en los procedimientos consagrados y un almirado refinamiento a fuerza de pulido, por temor a notas agrías o discordantes. El arte oficial es una especie de policía estética que condena y persigue toda idea heterodoxa de ética emocional.

La visión creadora, cambiante, fugaz, imprecisa, inadmisiblemente, no puede soportar la tutela asfixiante de un organismo conservador por la fatalidad de su naturaleza, como lo es el Estado.

Además, ese proteccionismo oficial tiende a crear un profesionalismo artístico enemigo fundamentalmente, y esto por razones obvias, del noble desinterés que debe regir al arte.

Se crean profesionales de la emoción, que si en algo se diferencian de los profesionales del amor, es en que mientras las prostitutas son arrastradas a su abyección por una fatalidad social y económica, ellos se relajan a conciencia, aun más, se pelean, se estorban la primacía en la venta de su dignidad emocional, mientras los sobran, con inutilidad de péndulos quietos, un par de brazos que bien pudieran batir el hierro, picar las piedras o rajar la tierra.

Pero no faltan quienes encuentran demasiado prosaicas las profesiones comunes para que pueda desempe-

PRIMAVERA

Es una sed de agua sobre los techos pálidos;
Una sed de acuñar los risados cristales sin pulir
(de la lluvia,
y el dulce tabletear del cinc y del asfalto
reventando en sonidos como frutos maduros...

Primavera...
Es una sed de agua sobre los techos pálidos.
Los espacios del cielo su tibio azul espesan
y oprimen las ciudades como una pulpa dócil.
Una blanda epidermis se desnuda en la copa
(de los árboles claros.

Una blanda aspereza se derrama en el aire,
(paladar del espacio.
Y esperando el augurio de las aves viajeras que
(remolcan la lluvia,
escudriña ansiosas los caminos, las Torres,
los caminos del viento polvorosos y secos
y aquellos tan profundos que frecuentan las
(nubes.

Primavera...
Es una sed de agua sobre los techos pálidos.
Un deseo de darnos o vibrar en el aire como un
[arco transido
bajo la cabellera vibrante de la lluvia que estalla
[en grandes nardos

Un ansia de apretar las estrellas jugosas en las
[noches carnales,
de coagular la luz ardiente en las pupilas y
[desnudar los párpados
y mojarnos los dedos y mancharnos la boca
y hundirnos en el baño de ungüentos y de zumos
de las lunas violentas, del viento setiembre.
En loca emulación de cristallinos sonos,
las calles y las plazas, limpian sus copas de oro.
Y mientras el crepúsculo, garganta que se ahoga
[de un amoroso celo
despedaza en sollozos de luz sus tardos ojos,
las manos de la sombra dispersas y livianas,
anidan largamente las voces de los niños que
[juegan en los patios.

Primavera...
Es una sed de agua sobre los techos pálidos.
Un perfume filial de mañanas antiguas y de
[virtuosas yerbas
y una ronda profunda de cigarras aldeanas
adormeciendo establos y atajos en la siesta.
Olor del caballito de palo y del tambor atónico
y el sol saltando patios y huertos y baldíos
con la cara lavada por el día.
Los parques se remansan de brisas y de pausa-
[das horas.

Las campanas se alejan hacia valles de donde
[ya no vuelven
y las madres retozan con sus rubios infantes,
[dando abricías al aire
que descubre el secreto liviano de las vírgenes
y ensancha los senderos del bosque y del deseo.

Primavera...
Es una sed de agua sobre los techos pálidos.
Nacen tibios espejos en el aire lavado
acumulan los labios, predicación de besos y pre-
[mura de cantos
y las manos, torcaces, se engolan de caricias...
Una blanda epidermis se desnuda en el mundo,
[torpe vaso del cielo

las palomas, jadeantes de desiertas jornadas
traen al fin la llave del lejano horizonte
y se abren con estrépito, serpentinas de plata,
las cuencas de la lluvia, portentosa y fragante.

Brandán CARAFFA.

ñarlas un artista, pero estos espíritus sublimes que habitan en cereales regiones y que encuentran donante fabricar ladrillos o chorizos para ganar su pan y cantar libremente, prefieren vender sus obras de arte, las hijas de su alma, como si fueran chorizos o ladrillos y emocionarse a tanto la línea.

Y es que el Estado no es que no deba proteger y alentar al arte, sino que no puede hacerlo, porque lo limita con su grosero contacto, con sus torpes manos habituadas a contar monedas o amordazar protestas; pero jamás ensayadas en el armonioso resucitar del sol en la lira.

Y consto que el que esto escribe no ha sido rechazado en ningún concurso municipal, porque el amor y la alegría, o la tragedia que alienta en sus cantos, no han menester del estímulo de los pesos moneda nacional.

Eduardo GONZALEZ LANUZA.

Nora Lange (1)

Las noches y los días de Nora Lange son remansados y lucientes en una quinta que no demarcaré con mentirosa precisión topográfica y de la cual me basta señalar que está en la misma hondura de la tarde, junto a esas calles grandes del oeste con quiones es piadoso el último sol y en que el rojizo enladrillado de las altas aceras es un trasunto del poniente cuya luz es como una fiesta pobre para los terrenos finales. En esos aludeños conocí a Nora, preclara por el doble resplandor de sus crenchas y de su altiva juventud, leve sobre la tierra. Leve y altiva y fervorosa como bandera que se realiza en el viento, era también su alma. En ese tibio ayer, que tres años prolijos no han forasterizado en mí, comenzaba el ultratismo en tierras de América y su voluntad de renuevo que fué traviesa y brincadora en Sevilla, resonó fiel y apasionada en nosotros. Aquella fué la época de PRISMA, la hoja mural que dió a las ciegas paredes y a las hornacinas baldías una videncia transitoria y cuya claridad sobre las casas era ventana abierta frente a cielos distintos, y de PROA cuyas tres hojas eran desplegadas como ese espejo triple que hace movidiza y variada la gracia inmóvil de la mujer que refleja. Para nuestro sentir los versos contemporáneos eran inútiles como incantaciones gastadas y nos urgía la ambición de hacer lírica nueva. Hartos estábamos de la insolencia de palabras y de la musical indecisión que los poetas del novecientos amaron y solicitamos un arte impar y eficaz en que la hermosura fuese innegable como la alacridad que el mes de octubre insta en la carne juvenil y en la tierra. Ejercimos la imagen, la sentencia, el epíteto, rápidamente compendiosos. Y en esa iniciación advino a nuestra fraternidad Nora Lange y escuchamos sus versos, conmovedores como latidos, y vimos que su voz era semejante a un arco que lograba siempre la pieza y que la pieza era una estrella. ¡Cuánta eficacia limpia en esos versos de cinco de quince años! En ellos resplandecen dos distinciones: cronológica y propia de nuestro tiempo la una y misteriosamente individual la segunda. La primera las estancias y cuyo encuentro de hermandades imprevisibles justifica la evocación de las grandes fiestas de imágenes que hay en la prosa de Caminos Aseens y la de los escaladas remotos — ¿no es Nora, acaso, de raigambre noruega? — que apodaban a los navíos potros del mar y a la sangre, agua de la espada. La segunda es la parvedad de cada poesía, parvedad inevitable y esencial cuya estirpe más fácil está en las coplas que han brotado a la vera de la guitarra hispánica y resurgen hoy junto al pozo, también oscuro y fresco y dolorido, de la guitarra patria.

El tema es el amor: la expectativa ahorrada del sentir que hace de nuestras almas cosas desgarradas y ansiosas, como los dardos en el aire, ávidos de su herida. Ese anhelo inicial informa en ella las visiones del mundo y lo hace traducir el horizonte en grito alargado y la noche en plegaria y la sucesión de días claros en un rosario lento. Tropos que he sopesado en mi soledad, por caminatas y sosiego, y que me parecen verdícos.

Con enhiesta esperanza, con generosidad de lejanías, con arcilla frágil de ocusas, ha modelado Nora este volumen. Quiero que mis palabras encareciéndola sean como las hogueras de cedro que alegraban en una fiesta bíblica las atentas colinas y que anunciaban la luna nueva a los hombros. — Jorge Luis Borges.

(1) Prólogo de "La calle de la tarde".

¡Ayude a Martín Fierro!

Suscripción (única) por un año \$ 3.50

COOPERATIVA EDITORIAL
BUENOS AIRES

Últimos libros publicados:

CARLOS B. QUIROGA: Alma Popular	\$ 2.50
MOISES KANTOR: Leyendas dramáticas	" 2.50
LUIS MARIA JO DAN: Cartas de un extranjero	" 2.50
R. FRANCISCO MAZZONI: El Médeno Florencia	" 2.50
ROBERTO F. GIUSTI: Crítica y Polémica (2a ser.)	" 2.50
C. IBAROURÉN: Historias del tiempo clásico	" 2.50

En venta en todas las buenas librerías de la República

Agencia General de Librería y Publicaciones. RIVADAVIA 1573

El Conservatorio Nacional de Música

Cuando yo era chico, me hacía mucha mala sangre pensando en la instrucción pública de mi país. Me parecía monstruoso que se pudiera llegar a bachiller, a doctor, sin saber absolutamente nada de nada. Y yo era una prueba viviente de mis inquietudes.

Un día descubrí que todas las cosas tenían su punto de vista. A unas había que tomarlas en serio; a otras, en broma.

Mi descubrimiento produjo efectos maravillosos, especialmente en la instrucción pública: considerada en broma, resultaba perfecta. En realidad, era yo el equivocado.

Lo mismo ocurre con el Conservatorio Nacional de Música. Si Vds. lo toman en serio, es una enormidad; si lo toman en broma, es una obra maestra de humorismo.

Ahora bien: el Superior Gobierno, al crear el Conservatorio, ¿ha obrado en serio o en broma? La cuestión es importante, porque de ella derivará todo su mérito en la iniciativa.

Examinemos estas dos hipótesis. Hay un punto en el cual todos estaremos de acuerdo: el Conservatorio Nacional es irrisiblemente cómico. Sobre esto no puede haber dos opiniones.

Pero no nos dejemos extraviar por el aspecto jocoso de la institución, porque en este país las únicas cosas graciosas son las que se hacen en serio; en cambio, todos los humoristas, sin excepción, son fúnebres.

La primera cuestión consiste, pues, en averiguar si el S. G. (como se lo denominará más adelante) al crear el conservatorio, ha procedido a sabiendas de que hacía una cosa graciosa. Es lógico de que en uno u otro caso, su mérito sea muy variable. El señor que da un traspás en la calle, hace reír aunque no se lo proponga. Su mérito es casi nulo. Ahora, si el traspás ha sido a propósito y resulta cómico, es ya una especie de creación artística.

Conviene también no dejarse suggestionar por el nombre del engendro, porque, contrariamente a lo que pudiera suponerse, el Conservatorio poco o nada tiene que ver con la música. Es de música, como pudo ser de ortopedia. Un buen día se ha encontrado el ministro a veinte atmósferas de compromisos, y ha explotado por el lado virgen de la música, como pudo suceder por el de la radiotelefonía. Convengamos que el descubrimiento ministerial de la música, como pretexto para dar cátedras, ha sido todo un acierto. Así nació también un día la Facultad de Filosofía y Letras.

El contacto entre el Conservatorio y la música es meramente casual y por excepción. Apuesto lo que Vds. quieran a que la mayoría de los nombrados, empezando por el sub-director, no sabe distinguir un obvio de un fagot. Pero los entretelones del asunto no nos interesan.

Tomado para el titeo—que es como debe tomarse— el Conservatorio es muy bueno, salvo algunas fallas "por acierto", a saber:

El director es uno de nuestros mejores aficionados. Esto podría dar algunos visos de seriedad al establecimiento. Mucho mejor hubiera sido Williams. El bionomio Williams-García Veloso quedaba parejito, como yunta de cocha fúnebre.

Otro error ha sido la elección del personal docente. Hay allí media docena de profesores (Drangosch, Weigand, Schuma, Bandini, González, etc.), que harían honor a cualquier institución seria. Son the right man in the bad place. Es una lástima haberlos complicado en la aventura. Allí van a esterilizarse.

Los demás son un verdadero hallazgo. Se ha creado, por ejemplo, una cátedra de contrapunto, en este país donde nadie sabe ni solfeo. El contrapunto es a la música, lo que el derecho internacional a la jurisprudencia: una serie de disposiciones que existen para que se violen. ¿Se ha hecho siquiera una estadística para saber cuántos estudiantes de contrapunto hay en Buenos Aires?

Pasemos sobre las cátedras de composición. ¿Para qué estarán allí? Así se pasan Vds. toda la vida escribiendo música, primero oírán las trompetas del juicio final que una sola nota de las suyas. Con el antecedente de que la mayor parte de los que hacen música por estos pagos, tienen tales complicaciones freudianas, que más valiera no menearlos...

Hay una cátedra—y esto es fabuloso—de foniatría. Supongo que significará fisiología e higiene de la laringe. Tratándose de higiene y de cantantes, es una lástima haberla circunscrito a la laringe. Se enseñará a los alumnos la manera de excitar convenientemente el pneumo-gástrico para producir los do de pecho, los sí sobre-agudos.

CARTA

"Esta carta es feliz, pues va a buscartos."—Campoamor.

Volví hace muchos años,
y busco sin hallar,
—ni esperanzas me quedan—
el paisaje muy breve de mi tierra natal.

Fronte a un andamio un hombre
grueso observa con seriedad,
los ladrillos. Ese es todo
el siniestro, cuadro de mi ciudad...

Y yo decía antes,
nostálgico Don Juan,
"en el bárbaro cielo de mi tierra,
las estrellas inéditas están..."

Me ha quedado el consuelo de estas cartas,
que echo a la vela sobre el mar.
Pero siendo tan larga la distancia,
seguro que la muerte han de encontrar.

¿Es que como los niños sobre el castillo
de arena—que caerá—
te encuentras tú inclinada,
sobre mi recuerdo? ¡Oh carta mía va,

y díle a aquella que amo
y que está a diez mil leguas de mi afán,
que son sólo los niños de esta tierra
quienes me evocan la presencia de ella. Ella tan
delicada... Tan frágil... Tán...

Virconde de LASCANO TEGUI.

Buenos Aires, 1921.

Pero toda la parte vocal es insuperable. Ni Carlitos Chaplin, director de conservatorio, hubiera tonido hallazgos más felices.

Hay una cátedra de declamación, de declamación dramática, me imagino. Desafío a Vds. a que me nombren una sola persona en la República Argentina capaz de desempeñarla. Pues se la han dado a la hija de un ex-director de diario, que ni siquiera tiene el atenuante de necesitar el sueldo.

Hay otra cátedra de literatura. Así, a secas. ¿Pero de qué literatura se trata? ¿Española, italiana, francesa, rusa, antigua, moderna, contemporánea, proceptiva, crítica, comparada? No hagamos preguntas ociosas.

Está la cátedra de estética, con el impagable Jorgito Cebal a la cabeza. ¿Se imaginan Vds. a Jorgito pronunciando el nombre de Lully? Esto sólo valdría la pena de asistir. La cátedra de estética debieron dársela a Barrenechea. Es una verdadera injusticia que no lo hayan hecho así. Basta leer la "Historia Estética de la Música" para saber por qué lo digo.

Hay después otras cátedras hechas sobre medida: la de acompañamiento, por ejemplo, para Fanelli. Mastrogiani y Stattesi, periodista y violinista, respectivamente, enseñarán coros; Ochoa, organista, tiene solfeo, y Aldo Romaniello, pianista, tiene una cátedra—agárrense—de baile!

Faltan algunos nombres para completar la menagerie. Pero con lo dicho basta. El espacio apremia.

Ahora, si yo fuera capaz de volver a tomar en serio a un instituto educacional de mi patria, creería, a primera vista, que el S. G. ha obrado en esa forma. Pero si uno no se deja llevar por la primera impresión, la hipótesis de la seriedad tropieza inmediatamente con obstáculos insalvables.

Así, por ejemplo, la fundación "en serio" del conservatorio requiere un estudio previo de las funciones a que está destinado, porque el problema de la educación musical es más arduo de lo que parece. Por lo pronto, es la más importante de todas las cuestiones educacionales y la más difícil de resolver, dado que hasta ahora se la ha encerrado mal.

La enseñanza actual es profusa y mala. Le falta en profundidad lo que le sobra en extensión. Pocas ciudades habrá donde la enseñanza de la música esté más difundida, y donde se obtengan, a la vez, tan pocos resultados positivos.

La cuestión reside, pues, no en fundar un conservatorio más, con todos los agravantes de la ineptitud fiscal para la enseñanza, sino en oncear y dar verdadero valor cultural a estos estudios. Añadir cinco tocadoras de tango a las diez mil que se reciben anualmente en Buenos Aires, no es solucionarlo, ni mucho menos.

INGRUENCIAS

Platón sofisticado. — Cuenta Diógenes Laercio que, por haber Platón definido al hombre como a un *bipede implume*, Diógenes el Cínico — siempre deseoso de zaherirlo — arrancó a un gallo las plumas y lo ahí el hombre de Platón... Por lo que ésta juzgó introdujo en el palacio de aquél, mientras decía: "He necesario modificar dicho concepto y añadirle las palabras *con uñas anchas*. Lo que, de ser verdad, consagrólo presa del más especioso de los argumentos, ya que el aludido gallo era *desplumado*, que no *implume*.

Egoísta. — Mi oreja está hacia afuera, y mi oído, hacia adentro. Oigo todas las voces del mundo, pero me escucho a mí solo.

La abstracción es un cero hacia afuera y un infinito hacia adentro.

La palabra *luz* ha impurificado la luz. Sólo las bestias poseen el sentido puro de la luz.

Los nombres de las cosas no nos dejan llegar hasta ellas.

Dolor. — El dolor no es terrible. El miedo al dolor da más dolor que el dolor.

A menudo, para ser hombre de bien, hay que serlo de bienes.

Definición. — Donde hay una mujer, hay un espejo. La mujer es el espejo del espejo.

El hecho de ser hombre da cierta inteligencia a la que la inteligencia personal se agrega; el hecho de ser mujer da cierta ignorancia a la que la inteligencia personal debe sobreponerse.

¿Por qué es siempre pedante la mujer inteligente? Porque no tiene la inteligencia de no ser pedante.

La coquetería es el antídoto del pudor.

La injuria es el lujo de los sentidos.

Pensamiento. — Los mejores pensamientos son los que hacen pensar.

Carlos M. GRÜNBERG.

"Martin Fierro"

Suscripción, por año, desde el primer número, pago adelantado, \$ 2.50. Página de avisos, por publicación, \$ 200; por fracción: proporcional.

¿Ha habido el menor conocimiento de las aptitudes de nuestro pueblo, de las fallas de la enseñanza particular, de las relaciones entre la cultura y la música popular, de la organización racional y metódica de la enseñanza, del plan de estudios, de la ubicación y comodidades que requiere una institución de esta índole? Ya ven cómo no conviene tratar en serio ciertas cosas.

Se ha procedido al revés. Se ha empezado por crear el Conservatorio, para ver después qué se podía hacer con él. Se han dado unas cuantas cátedras y se los ha dicho a los favorecidos: Tomen y arrégloñe Vds. como puedan.

Y como no sabían lo que querían, han hecho las cosas con un miedo corral. Han fundado una escuela vergonzante que funcionará, como escondiéndose, en los sótanos del teatro Colón. ¿Se ha averiguado siquiera si el local reúne las condiciones necesarias de acústica?

Hubiera sido mejor dejar las cosas como estaban, porque este conservatorio, lejos de favorecer la educación musical, va a perjudicarla considerablemente. Hasta ahora cuando un pobre instrumentista no servía, el director de orquesta lo protestaba, y asunto concluido. Ahora, ¿quién se va a animar a protestar a un egresado del conservatorio o a un doctor en música, que de esto también tendríamos?

Es evidente que no servimos para estas cosas. Lo mejor sería dejarnos de conservatorios y empezar por cortarnos la cola. Después, veríamos...

Leopoldo HURTADO.

LOS NUEVOS POETAS: ANDRÉS L. CARO

Conoci a Andrés L. Caro en los remotos orígenes de mi amistad tradicional con Nalé Roxlo, cuando éramos unos niños todavía y acabábamos de vincularnos estrechamente con este último en el culto común por la poesía, el vagabundaje y la R. S. Fue por los años 1917 ó 1918, tiempos de guerra en Europa, de adolescencia apasionada y sonriente en Buenos Aires.

Frecuentábamos por esa época el café "Biarritz", de plaza del Congreso, frente al "Molino", en la esquina donde hoy está instalada una confitería estúpida: el "Biarritz", de tan feliz memoria, amarillo y lleno de espejos, con guirnaldas de papel en el techo, — todo lo necesario, en fin, para que un café sea cordial, — y un patrón benévolo cuya sonrisa no dejó de tonificarnos ni siquiera esa noche que, por descuido, pensando en Laforgue, le quemé una silla... Nos pasábamos allí horas y horas, hablando de versos y reivindicaciones, que ocupaban entonces idéntica importancia en nuestro espíritu, llevando con el ruido de nuestra charla y nuestras risas los silencios de la orquesta. La cual, para decir verdad, hacía una competencia ruinosa a toda clase de ideologías. Porque el caso es que amábamos, con igual entusiasmo juvenil, Nalé Roxlo a la violinista morena, yo a la rubia violoncelista: amor sin esperanza, por cierto, el mío, pues la sabía casada con un robusto y celoso alomán que todas las noches la esperaba a la puerta. ¡Cuántas miradas incendiarias de tenorino! ¡Cuántas romanzas en do pecho que se llevaban el viento!... Esto le sucede a cualquiera. Ya se había definido en mí, como se ve, la funesta vocación por las mujeres de cabellera dorada que han contribuido luego a complicar tanto mi vida.

Cierta vez nos sorprendió una turbulencia inusitada en la tarima de la orquesta. Conversaciones, risas, discusiones. Comprendimos de inmediato la causa al ver que ocupaba la dirección un nuevo primer violín; un muchacho rubio, de nuestra edad, que se adelantó resucitamente hasta la barandilla y, trastornando el resobado programa de todos los días, atacó, con brío también inusitado, la marcha de Tanhäuser: ¡La marcha de Tanhäuser en un café francés y en plena guerra!... Por fortuna, la clientela habitual, de oído poco avezado, no se curaba mucho del repertorio. Nosotros sí aplaudimos con entusiasmo, reconociendo por ese signo en el audaz ejecutante a uno de los nuestros, y al poco rato, no recuerdo cómo, estaba en nuestra mesa... (Aseo empujado por idéntico presentimiento se arrojó de la tarima y cayó entre nosotros como un acorrito). Era Andrés L. Caro. Fraternalizamos; nos recitó sus versos, le dijimos los nuestros; nos admiramos recíproca y equitativamente; pero al día siguiente había desaparecido de la orquesta y no lo volvimos a ver hasta dos años después...

Cuando de nuevo lo encontré, no nos separamos hasta las seis de la mañana. A esa hora me confesó, avergonzándose, que se había alejado de nosotros por despecho, pues la violoncelista de marras, que lo tenía enloquecido, manifestaba una marcada predilección por mi adolescencia morena. "¡Helas! si ¡¡¡avisas su!!!"... Me contó en esa ocasión, con todos los pormenores, su gran tragedia sentimental. Relato balbuciente y confuso, lleno de digresiones, acotaciones ó incisos, obscuro y enmarañado como una selva, del cual salimos amigos para siempre. Había, recuerdo, hasta una tentativa de suicidio...

Caro, en ese año, acababa de publicar un tomito de versos muy Juan Ramón Jiménez: "El Libro de las Insinuaciones" — obra primeriza que no trató de substraer, por cierto, a la inexorable y justiciera condenación del autor, — y era primer violín en "La Sombambula", el viejo hotel de la plaza de Mayo.

Todas las noches, diez minutos antes de que terminara su trabajo, entrábamos a buscarle con Nalé Roxlo y Keller Sarmiento. Amortizaba entonces cuidadosamente su violín, tomábamos una taza de café y salíamos — él con la caja bajo el brazo — a vagar, a recorrer la ciudad sólo despierta en las tabernas, leyendo de versos las enojadas calles nocturnas. Así le veo a menudo en mi recuerdo, con su rostro desteñido y expresivo de Pierrot laforguiano, gesticulante, entusiasta, el andar un poco torpe, el sombrero relegado a la nuca y la corbata siempre torcida (una corbata de pésimo gusto, mi pobre Caro). Frecuentemente entrábamos al sótano de la Avenida, donde permanecíamos hasta la madrugada. Allí Keller Sarmiento se abandonaba en largas confidencias de amor, y era siempre un amor nuevo y fantástico; Caro nos sorprendía con recientes poemas; Nalé Roxlo se ejercitaba en la sáttira y nosotros le adivinábamos de antemano la puntería



Andrés L. Caro

porque nos había herido los ojos la chispa previa que brillaba de sus gafas. Luego comentábamos a nuestros poetas predilectos y lo hacíamos con tal calor que era como si se reencarnaran en nuestra evocación fervorosa; nos sentíamos allí, entre nosotros, hasta el extremo de pedirle al mozo que nos atendía un pipermín para Rimbaud, una ginebra para Tristán Corbiere... Andrés, en esas ocasiones, se exaltaba hasta la locura y buscaba serenidad en su violín, o se nos iba, se escapaba, lleno de recordamientos por desperdiciar su tiempo de esa manera, "l'air it-bas", tambaleándose de tantas imágenes como llevaba en la cabeza, a zambullirse, para ahogar su emoción, en las cuartillas...

A ese período pertenecen los poemas reunidos en el libro "Ropavejería", que conservó inédito.

El poeta siente su soledad, su aislamiento de la vida vulgar que pasa sonando su "loca corneta de cartón", y se refugia en un bazar de imágenes coloreadas, luces de Bengala, calcomanías, músicos de trapo, etc., toda una decoración obsesante de recuerdos de infancia evocados con ternura enfermiza. La vida es triste; sólo puede embellecerla el amor, y el poeta no, lo ha encontrado todavía. "Ropavejería" es un libro sin amor.

Ya mis versos no cantan el amor, se han cansado. Y un libro sin amor, de triste indiferencia, es como una ventana con postigo cerrado que ennegrece de tedio por una larga ausencia. ... Los libros y los niños tienen algunos iguales: un beso y una estampa curan todos sus males.

El tedio, la lluvia, el alba trágica del insomnio, "el alba que revuelve su ajeño recuerdo", componen el fondo gris de esos autorretratos psíquicos.

Y llegamos a la segunda desaparición de Caro, que se marcha un buen día a Bahía Blanca, sin avisar a nadie, y vuelve al poco tiempo, por una semana apenas, para anunciarnos que se casa y comienza una nueva vida. Ha encontrado, por fin, el amor. Y ese amor, como un amanecer de septiembre, disipará las brumas de tedio de su poesía. Al mismo tiempo, la forma de ésta se hace más elástica, desembarazándose del molde tradicional que había ceñido hasta entonces su movimiento. El poeta persigue la síntesis, la expresión cada vez más directa de la emoción poética, libertándola en lo posible de la anécdota, de la descripción, de la lógica verbal, hasta llegar a la creación de un ambiente por simples analogías. Y escribe los poemas de "Mapamundi".

Este es el libro que todos esperamos ansiosamente.

Héctor CASTILLO.

140

VOLUMENES EDITADOS POR

"La Cultura Argentina"

Sea el exponente más completo de la intelectualidad nacional

Vol. formato menor \$ 1.-

" " mayor " 2.-

Pida, hoy, prospectos a

Vaccaro - Avenida de Mayo 638

ESTACION NOCTURNA

De "Ropavejería", libro inédito. (1)

Toda una geometría de señales lucentes:
fantasmas de ojos verdes, sangrientos y amarillos
que espían en la sombra de los nocturnos puentes
para clavar las hojas de sus negros cuchillos.

en nuestros corazones. Los trenes fatigados
vuelven de un mundo extraño de dolor y de olvido
y en el aire nocturno sus respiros ahogados
parecen la tos ronca de un pulmón dolorido.

LLUVIA

Llueve. La lluvia es siempre una canción de tedio.
La vida pasa lenta, la muerte va de prisa...
y el mundo que se moja y hasta sin remedio,
es como un Pierrot sucio de niebla y de ceniza.

NOCTURNO

Luna de ilustración de libros astronómicos
sobre el pesado sueño de negras azoteas.
Suicidio de murciélagos con sus virajes cómicos
que el paisaje nocturno rompe en las chimeneas.

Mortaja de inquietud la nube pasajera
deshace su pereza de algodón desteñido,
mientras mis ojos tristes, aves de primavera,
se agrandan de ilusión como en un tierno nido.

Cada día que pasa ¡oh Dios mío! lo incierto
con su título trágico mi cráneo resquebraja
como ese tren nocturno que huye el escape abierto
a la hora en que rueda la última baraja.

NOCTURNO

Qué extraño grito ha dado la noche sobre el mundo?
Han salido los perros a ladrar las calles,
mientras mis labios van por el aire profundo
llenos de besos muertos y de canciones viejas.

Pasa la caravana de luciérnagas verdes.
El silencio me oprime con su enguantada mano.
Corazón que entre tantas inquietudes te pierdes
mitad dolor divino, mitad dolor humano,

al dar vuelta el recodo de la vida ilusoria
no grites sobre el mundo y no cuentes tu historia.

MOBILIARIO

El lecho del absurdo cotidiano
el lavabo falaz de la esperanza.
Para la lluvia del recuerdo un tosco
y apacible paraguas.
El tapiz del silencio
la gotera del tedio que se ensancha
un féretro de ampollas y de ungüentos
para la tuberculosis del alma.
Sobre el kiosco vulgar del mundo vano
una sola ventana
que da a la esquina humosa de la duda
donde una bruja echa las cartas
y al candil del desvelo
la alquimia sorda de la araña
frente al espejo roto de lo irremediable
que teje para el duelo su mortaja.
Y lo que es tuyo lector si te hastias:
el lejano rumor de un puerto y de un tren en marcha.

Andrés L. CARO.

(1) Estas composiciones aparecerán incluidas en "Mapamundi", de próxima publicación.

¡Ayude a Martín Fierro!

Subscripción (única) por un año \$ 2.50

Avisos \$ 2 el centímetro.

El XIV° Salón Nacional de Bellas Artes

Les extrêmes me touchent.—
André Gide.

El 21 de septiembre, con un tiempo francamente pro-
picio al florecimiento de un sano optimismo juvenil,
hemos penetrado en este XIV Salón Nacional de Bellas
Artes, Exposición de Pintura, Escultura y Arquitectu-
ra, reza el catálogo. Ante este anuncio prometedor,
estampado por mano oficial, nuestra ingenuidad se ha
creído con el derecho de exigir que se nos mostrase
pintura, y escultura, y arquitectura. Pero de nada sir-
ve la ingenuidad en este pícaro mundo.

De ochenta cuadros que constituyen la sección pin-
tura, pocos, muy pocos son los que pueden sostener el
análisis de quienes, como nosotros, conservamos la pre-
tensión ridícula de recibir de una obra pictórica emo-
ciones de origen plástico, y sólo de origen plástico.

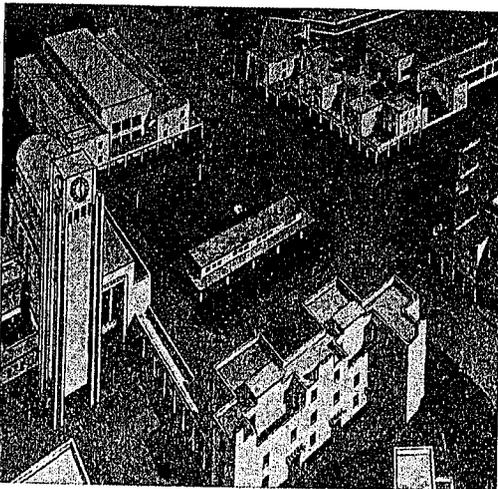
Y de los treinta escultores que concurren a esta
exposición, cuántos son los que han comprendido que el
medio de que dispone el escultor para dar eficacia a su
obra es la luz que ordena los planos y marca los vo-
lúmenes?

Tenemos la inocente pretensión de exigir, de un ar-
tista plástico, obras realizadas plásticamente, y que nos
emocionen plásticamente. Cada arte tiene su medio
propio de expresión, y es esto precisamente lo que es-
tablece la diferencia entre ellos. Nosotros no hemos
podido soportar jamás, en el lenguaje equivoco de la
crítica corriente, la calificación de literato pintor, ni
la de pintor literato. Que cada uno cultive su jardín.
Si Zuloaga escribiera en lugar de pintar, es probable
que su obra se haría acreedora del sufragio que ahora
le negamos rotundamente.

Esta pretensión nuestra — cuyo ridículo y cuya exa-
geración inoportuna no dejamos de sospechar — será
calificada por muchos de "parti-pris". Vaya por el
"parti-pris"! Tenemos uno, y violento. Si no recor-
damos mal, Baudelaire lo exigía en todo crítico. Como
nos desagradaría profundamente molestar a algunos con
nuestras opiniones, les pedimos perdón en nombre de
ese pecado que confesamos con cristiana humildad. En
general, su nombre no figurará en nuestra breve reseña.
¿Su obra será buena, será mala? En todo caso, ella no
nos ha interesado.

Y es a causa de este violento "parti-pris", que
nuestra atención se ha reconcentrado, desde el primer
momento, en dos obras de la "sala del primer premio",
las "Figuras" de Horacio Butler y Héctor Basaldúa,
sobre las cuales los críticos han pasado como sobre
ascuas. No tenemos necesidad de decir a los lectores de
MARTIN FIERRO, que son pocos, y por lo tanto selec-
tos, y por lo tanto particularmente suspicaces, que
en nuestro país, la primera condición para desempeñar
discreta, y brillantemente el papel de crítico de arte es
la de no entender nada de arte. ¿Os imagináis sin in-
quietud los aprietos de un crítico verdaderamente
"calé" ante la obligación imperiosa y apromiante de
llenar dos, o tres, o cuatro columnas de su diario con
el comentario de una exposición anodina? Volviendo a
nuestras obras, es fácil comprender el silencio de la
crítica ante ellas. Carantes en absoluto de anécdotas
atrayentes, sin ninguna circunstancia que permita la fá-
cil adhesión del gusto dudoso del público, eminentemen-
te pictóricas, constituyen un reducto impenetrable para
los que toman la obra de arte únicamente como pre-
texto de malas divagaciones literarias.

La "Figura" de Horacio Butler es la obra de un
verdadero y sólido pintor. Butler ha comprendido per-
fectamente que el cuadro tiene sus leyes plásticas inclu-
dibles, y se ha mantenido rigurosamente dentro de sus
límites. Para Butler, la enorme cara insectada y ensi-
animal de la "concierto", que le ha servido de modelo,
tiene tanto derecho a una interpretación plástica como
el quinqué, el pan y la cesta de su "Naturaleza muerta".
Hemos dicho interpretación. Este pintor sabe que el
cuadro tiene sus exigencias que la naturaleza des-
conoce. Es decir, que las relaciones que se manifiestan
en la naturaleza deben ser convertidas por el artista en
relaciones plásticas equivalentes. Esta transposición de
relaciones, del mundo exterior al mundo del cuadro, es
obra del espíritu del artista, que unifica en el cuadro la
substancia diversa del mundo. Si para Butler el rostro
de su mujeraza tiene la misma importancia plástica que
la tela que ciñe su robusto seno turgente, es porque él
sabe que gracias a ciertas relaciones plásticas consecui-
das, las calidades de estos materiales diferentes, reap-
parecerán en el cuadro, unificadas pero diversas. Así, la
unidad orgánica natural se encuentra transpuesta en
el cuadro, gracias a una operación del espíritu del ar-
tista — en una unidad plástica indispensable para que
el cuadro mantenga su vida propia, independiente de la
vida que imita. Un ejemplo de esta unidad no consegui-



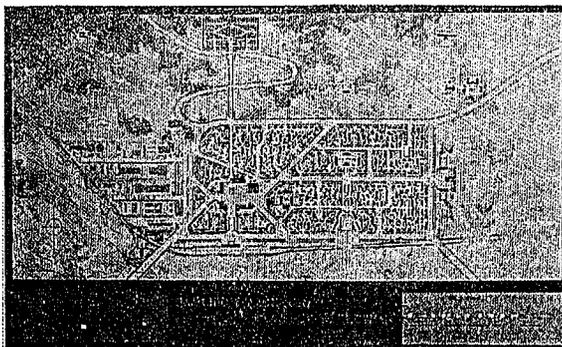
Vautier y Prebisch.—Ciudad Azucarera en la
Prov. de Tucumán. Plaza Central.

da lo vemos en el cuadro del señor Alfredo Guido
(primer premio). Guido es una víctima de la Naturaleza
mal comprendida. La Naturaleza se escapa como un
pez de la mano de sus admiradores demasiado sorviles,
y no quiero que se olvide que, en arte, Dios propone y
el hombre dispone. Así, su cuadro se nos presenta co-
mo una aglomeración desordenada de elementos diver-
sos. El cuerpo desnudo de su Chola está tratado de di-
ferente modo que las telas que recubren el diván don-
do se recuesta, y que las frutas desparramadas a su
pie. Nos diréis que es lógico que así sea, tratándose
de materiales de índole diversa. Pero, o lo repetimos,
el cuadro tiene sus exigencias que la naturaleza des-
conoce. Y la unidad es una de sus exigencias primordiales.

No aquí, pues, que los cuadros de Butler, que han
sido clasificados por ciertos críticos como realistas y
brutales — evidentemente los temas de Butler desafían
la cursilería literaria característica de esos críticos —
se presentan para nosotros, — hombres de enojosa
"parti-pris" — con un carácter de espiritualidad de
que carecen en absoluto los del señor Guido, a pesar
de las "carnes nacaradas" y las "tonalidades azul-
linas" y "evanescentes", para usar el lenguaje misogi-
no e insoportable de los árbitros del arte nacional.

En la Figura de Héctor Basaldúa encontramos las
mismas cualidades plásticas que hemos señalado en la
de Butler, y es por ellas que se hace acreedora de toda
nuestra simpatía. En Butler vemos un espíritu más
educado. Basaldúa irá educando paulatinamente el su-
yo, y su obra irá haciéndose más compacta y más só-
lida. Hemos hablado, como veís de educación espiri-
tual, pues no sabemos hasta qué punto la educación de
la mano puede influir en la evolución de un artista.

Si citamos ahora a Pettoruti, de cuya obra nos he-
mos ocupado en otra oportunidad, y cuyo envío al sa-
lón nos da sólo una mediocre idea de lo que puede el
más pintor de nuestros pintores, ¿qué nos queda por
decir? De los paisajistas preferimos no hablar. Su
obediencia pasiva a la Naturaleza, su falta de espiri-
tualidad, nos los hacen inaceptables. Para cumplir con
un deber de simpatía hacia un espíritu fino y selecto,
quisiéramos hablar de Fray Guillermo Butler. Hemos



Vautier y Prebisch.—Ciudad Azucarera en la
Prov. de Tucumán. Plano del conjunto

buscado muchas veces la causa de esa serena emoción
que los cuadros del Padre Butler producen en nos-
otros. Porque ellos nos emocionan, indudablemente. Pe-
ro, ¿por cuáles medios? El padre Butler es el menos
pintor de nuestros pintores y probablemente el más
artista de todos ellos. Y es como artista que él inquieta
nuestra sensibilidad, con las ideas que se desprenden
de sus cuadros y no con sus cuadros mismos. El nos
hace sentir el silencio oloroso a incienso de los claus-
tros. ¿Pero no sentimos acaso ese mismo silencio aqui-
tador en los claustros mismos? El padre Butler es un
pintor que escribe con su pincel. El fraile de blanca
túnica que acechaba la soledad de su "Claustro de Santo
Domingo", ¿obedece acaso a alguna razón plástica in-
cluidible? Podría encontrarse quizás en cualquier pun-
to del cuadro, y su influencia sobre nosotros perman-
cería idéntica. Para un pintor, la figura blanca del fraile
no sería otra cosa que un pretexto para equilibrar una
armonía plástica. Para el padre Butler, el fraile es un
hombre que ora en silencio.

Escultura

Las tres cabezas que expone José Fioravanti care-
cen la vida propia. Ellas viven a costa del modelo que
las ha sugerido. Ahora bien, la obra de arte no admite
la vida parasitaria. Cualesquiera que sea su naturaleza,
ella debe conservar una vida independiente en sí, inde-
pendiente de la vida que imita. Fioravanti ha ejecutado
tres retratos de notable parecido, pero carentes de va-
lor propiamente escultórico. Nosotros dudamos que estas
cabezas — que han merecido desmedidos elogios de
parte de cierta crítica — interesen verdaderamente a
quien no conoce los retratados. He aquí todavía un
artista víctima de la comprensión superficial de la
Naturaleza.

Del mismo modo, Pascual Buigues consigue entusias-
mar a los burgueses con su "Joven Latina", gracias
a las cualidades físicas del modelo copiado.

Con el envío de Bigatti nos vemos forzados a ter-
minar esta glosa. Bigatti ha llegado a una cierta sín-
tesis plástica agradable, que aún no ha alcanzado la so-
lidez indispensable. Así, su obra se resiente de una
blandura imprecisa que proviene, quizás, de una com-
prensión aún confusa — pero francamente prometedor-
ra, — del volumen.

Arquitectura

Nuestra condición de expositor en esta sección, nos
impide ocuparnos de ella con la objetividad indispen-
sable.

Alberto PREBISCH.

LINEAS

—Todo pasa, todo se va, todo muere. . .

Y de pronto, interrumpiendo la voz entristecida,
la arrastrada, melancólica letanía, aparecieron en la
puerta, ligeramente fantasmales, del brazo, como dos
hermanos, muy pálidos, trajados de negro, semejan-
tes a Hamlet, el Dolor y el Remordimiento.

Suave el tono, casi dulce, pero firme, hablaron:

—¿Nos olvidas? Hemos aquí, amigo. Nosotros no
pasamos. . .

Siempre hay algo de aborrecible en lo grande: lo
aborrecible que en lo grande pone nuestra propia mi-
rada.

Se cuentan cosas nefandas de la gloria, la hembra
fascinante. Suele solazarse con los cadáveres, se acues-
ta con los gusanos, tiene su alcoba preferida en los
cementarios. . .

¡Qué asco! Hembra, al fin. . .

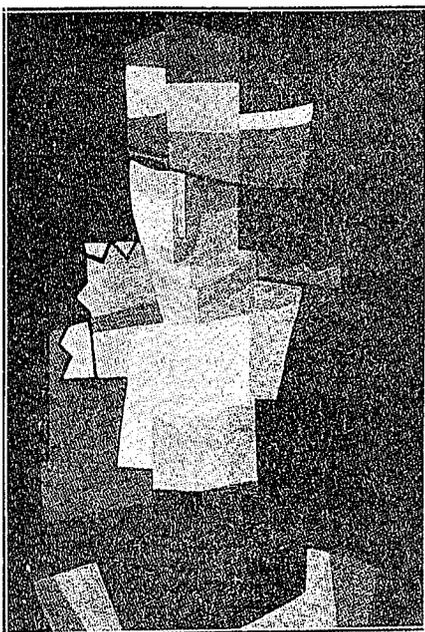
Pretender enmendarles la plana a los
hombres, reacios, empero, a toda enmien-
da, pase; mas pretender enmendársela a
Dios, resulta, además de impío, estúpido.
Buen señor presidente de no sé qué cón-
dida liga, ¿hasta cuándo seguirá indig-
nándose Vd. por aquello de las garras
del águila? ¿Quiere su beata imbecilidad
ponerle patas de gallina a semejante
avión? Aprenda, de una vez, a ser dis-
creto, señor asesor de corderos, que de lo
contrario aprenderán las águilas a reír.

Andrés TERZAGA.

P E T T O R U T I

Lentamente maduraba en nuestro Pettoruti una nueva convicción, no sólo en los momentos de ardor creativo, sino también ayudada por períodos en apariencia improductivos: de inquietud, de viajes, de tormento íntimo, de duda.

La necesidad musical le pedía libre juego en líneas, movimientos y masas, según su despotismo rítmico. La necesidad plástica lo llevaba a un mayor resalto de los volúmenes y de los "valores", a la violentación del color, a un equilibrio arquitectónico, raro en la Naturaleza, confusa por excesivamente rica. La necesidad poética, en fin, quería basar el cuadro entera en el sujeto que dictaría, justificaría todos los elementos y medios a emplear.



Pettoruti.—La señorita del traje violeta

En cuanto todo esto se le hizo claro y nítido, nuestro artista, admirablemente joven, como lo es siempre todo artista de veras, ánimo virgen, produjo sin dilación, sin estadio intermedio, estas sus nuevas obras, casi sorprendido de sí mismo, guiado, solo y seguro, por su Dios.

Se entreveran unos muestrarios de colores, se amon-



Pettoruti.—Flautista ciego

tonan cubos, cilindros, planos: resulta el retrato de un alma. O los matices se exasperan, reventan luz, mientras las formas más se deforman, giran en calidoscopio: resulta un poema paisaje. También nos encontramos con algunos cuadros preocupantes, glifos nuevos ineficaces, que son curiosidades de laboratorio secreto, lo más interesante, índice de hasta donde llega



Emilio Pettoruti

este pintor cuando desata su antojo de la fantasía por las abstracciones.

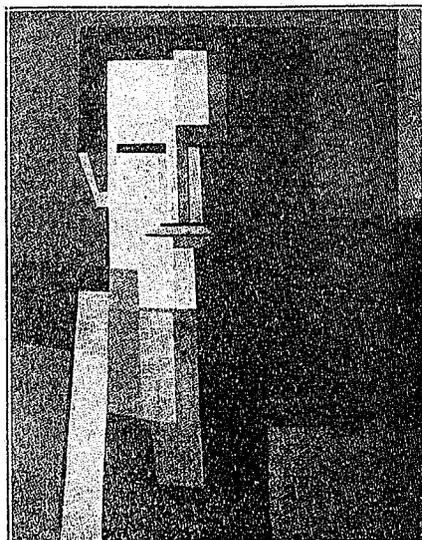
Obras de esta clase que son ya número, serán quizás abominadas por nuestros públicos, cuando por aquí se expongan, tachadas de "incomprensibles" o de "desequilibradas". No porque parezcan más "naturales", la pintura del pasado y la "pasadista", se requiere menos perspicacia en penetrar toda su geometría, su

sus cuadros son inmediatamente accesibles—para quien quiera, sopa ver.—

Pasó Pettoruti diez años en Europa.

En Florencia estudió mucho varios años. En Roma admiró. En Milán varios años trabajó mucho. Conoce toda Italia como pocos italianos y a tantos italianos como pocos extranjeros. Estuvo en Alemania unos meses en contacto con los expresionistas; luego en París entre el arte más nuevo. Amigo de Picasso y Juan Gris, Archipenko, Chagall, Zaitkin, Hernández y tantos otros.

Nuestro Pettoruti, con un compañero de arte, también de nueva fe, retornó ya al terruño traído por la nostalgia.



Pettoruti.—Retrato del pintor Xul Solar

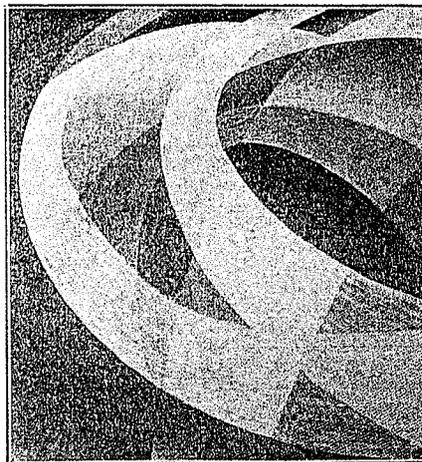
Ya podrán los porteños admirar o condenar o desdenar su obra, que otros públicos sancionaron en más de treinta exposiciones, en Francia, Italia, Suecia y Alemania; pero todos reconocerán la gran importancia estimulante de este su arte, un punto de partida para nuestra evolución artística propia.

No pretendo Pettoruti imponernos una dada moda, convenciéndonos de cualquier cosa con la pujanza del talento. Su arte está dentro de todo el siglo espiritual presente.



Pettoruti.—Paisaje

ritmo, su polioromía, y tantos otros valores imponderables. Si ahora los novísimos artistas en todo ramo transigen menos con el gusto y uso común, si no velan lo más aparente de su arte con el exotismo de lo verosímil, justamente por su desnudez de intención,



Pettoruti.—Paisaje a gran velocidad

A esta época en que el arte es más individual y arbitrario que nunca, no se la puede decir anárquica. Existe a pesar de tanta confusión, una tendencia bien definida hacia la simplicidad de medios, la arquitectura clara y sólida, hacia la pura plástica que conserva, acentúa la significación abstracta de línea, masa y color, todo dentro de una completa libertad de comprensión y composición. Estas nuevas amplias perspectivas, este serio esfuerzo de Pettoruti,—disidente por fin—no

SELECCION DE LECTURAS

(De «La calle de la tarde», por Nora Lange)

ANOCHECER

Los brazos del sauce llorón
son serpentinadas malgastadas.
El viento simula arpegios
jirones de música entrecortada.
El véspero anuncia la noche
mientras en otro horizonte
el sol delira...

Cada árbol era un país de emociones.
Tú y yo, multiplicándonos de amor, sumergiéndonos
en nuestros ojos, amplios de azul.
Tú y yo, como música que amortigua las distancias.

Como un niño llegué hasta tu corazón.
Tú generoso lo partiste para darme un pedazo de esa
[icha.

JORNADA

Aurora
Lámpara enredada
en un camino de horizontes.
Después al mediodía
en el aljibe se suicida el sol.
La tarde hecha jirones
mendiga estrellas.
Las lejanías reciben al sol
sobre sus brazos incendiados.
La noche se persigna ante un poniente.
Amanece la angustia de una espera
y aún no es la hora...

Todas las sendas se abrieron.
Tu alma por una hora
inmortalizó el paisaje.
Reviví el Poniente.
Lucharon las horas.
El viento rápido del Tiempo
se desplomó sin alas contra el silencio.
La juventud nocturna
rechazó estrellas.
Todo se embriagó de sombras
y vinieron tus miradas
y todo se persignó de miedo
y hasta los caminos se esfumaron
como ángeles.

El silencio se tendió a dormir.
El poniente se ahondó en tus ojos
rojo como religión de sacrificio.
La pobre luz
como una canción conocida
se refugió en la mansa piedad de un horizonte
y tu recuerdo llegó a mí
desnudo de cariño
como un árbol antiguo.



Nora Lange

CIUDAD

La vía se extiende
inmóvil como un recuerdo
sobre la tristeza muda de las calles.
La ciudad deletra su vida
con un grito de acero.
El bullicio se da
a las ventanas abiertas
como un éxtasis.
El poniente no mira a las ciudades.
La calle está sembrada
de horizontes metálicos.
La obscuridad
anida en los hilos
y todo el atardecer
hunde su pena
en el vacío.

Los días claros
como un rosario de cuentas blancas.
El dolor de la luz
de un tren noctámbulo.
El arrabal acostado como una cuerda inmóvil
sobre la paz de los caminos
La luna se ha enroscando
a los árboles.
Las sombras sangrientas de azul
como tu soledad y la mía.
Te llamo por tu nombre
Tú.

Nora LANGE.

La oratoria del hombre confuso

Dedicado al Dr. Pedro Figari. Leído por el poeta E. Fernández Latour en el banquete en que el notable pintor fué condecorado a inspiración común de MARTIN FIERRO, "Proa" y "Noticias Literarias".

El uso de la palabra es travesura que me ha costado una contrariedad por vez. Favorecíame cortera y prontamente—como el tratamiento que dejó de seguir el extinto—con el afecto de que el encontrarme en casa luego pareciera recuerdo de resurrección: un bienestar de sobreviviente tras malestar de persona que está naciendo. Sólo aquellos de nosotros que han nacido pueden pasarse de explicaciones acerca de la minuciosidad con que estubo revisándome para certificarle si mi totalidad contaba todavía con un porvenir, si mi presencia en el hogar era completa y tal que pudiera sostener mi voz en el tono autorizando con que debe pedirse el vaso de agua y de ánimo al delantal de la mucama de sueldo atrasado un muerto interrumpido. La primera vez de cualquier cosa debiera venir después de unas cuantas; para evitar contradicción en los términos, bastará trocar su designación numérica por una algebráica, llamarla alfa. Yo no lo pensé, y me dirigí sin enanjo a la señorita que pasaba (para que una señorita pase es preciso estar sentado a una mesita de bar de las que, en verano se salen a la vereda: allí estaba yo y en ese mismo bar) y le dije esta sola palabra: "Love como velo de nube del pincel de Figari; bella como el acarrear con un asiento lleno de uno mismo en un tranvía lleno de otros; ojos negros como la pena del que no los ha visto, ¿por qué tu andar te aleja de mí si bastaría detenerlo para que la latitud de nuestra separación cesara de crecer?...". Pensaba extenderme sa-

tisfactoriamente sobre las consecuencias geométricas que fluyen de la posición recíproca especial tan bien preparada por mis palabras, cuando un golpe, rectilíneo posiblemente, hizo dos mitades de mi elocuencia y aun tuve que dividir ésta con un vigilante que se hubiera tenido oculto en mitad de la enlazada haciéndose notable por grandes señas a cuanto movimiento estorpecible y ostorrible divisaba.

En la comisaría no estaba la señorita; no supo nada de ella; yo había acudido a informarme de su paradero acompañado al principio por el primer aparecido de los agentes, de quien me despedí a la cuadra; no se me abandonó nunca; diversas personas uniformadas tuvieron inmenso gusto, me lo declararon, en asesorarme hacia la comisaría, descosos de que yo no confundiera las calles que a ella conducen con las que llevan a mi casa, donde nada me habrían podido noticiar de aquella joven.

El dolor que sentía en aquel de los hombros arriba del cual pende una oreja no era de muelas ni de la primera dentición sino del primer uso de la palabra. A mí me parecía que una vereda completa de las de frente a Plaza Congreso me había acertado en la clavícula. Si yo hubiera podido encontrar un reemplazante instantáneo de mí un segundo antes del golpe... Pero estos reemplazantes, suplentes, que todo quejoso se inscriben para las vacantes, no aparecen cuando se los busca para ayudarlos.

Hubiera dado cualquier distancia por no estar allí y a ratos sospechaba haberme caído detalladamente cuatro metros seguidos desde una azotea, sin saltar ninguno. Me notado que por fuera todos los pisos son corridos.

Mantúvome reservadísimo por años sin aludir a mi éxito retórico, no queriendo exponerme a deslucirlo con ejecuciones verbales inferiores.

Pero en un movimiento político del cual yo ocupaba la acera—siempre las veredas me han dejado en la calle—pronuncié el siguiente discurso de despedador: "Viva el Presidente General Cristóbal Colón Avellaneda". Al instante de terminarlo me ví rodeado de una baratura de bastones como no es de creer dado el alto costo de la mano de obra, los que estaban ya levantados, de modo que, hecho el trabajo principal, nada era bajarlos a favor mío y de la ley de gravitación de las manzanas universales mondada por Newton. Por esta vez me reemplacé yo mismo; con celestidad inapreciable hice ausencia de mi presencia y notostia de mi engreimiento. Veinte regatones saltaron golpeados en el suelo, punto de cita de todos los yerros, igualador de punterías. Me extrañó la conducta picapedrera, aquel campeonato, aquella emulación de caridad por mí, aquel dospilfarro. La gente siempre ha cuidado sus varitas.

Me alejé de aquel tiro federal, pero sépase de las varitas que en días de lluvia y una vez extraviadas en el tranvía se llaman paraguas, pues cuando ocurríame perder casi todo mi bastón, a causa de la preocupación de hacer pasar antes que yo por la estrecha portezuela del subte, el buen sobretodo que llevaba puesto para vigilarlo de atrás, lo encontré hecho un buen paraguas, a falta de bastón, en la gerencia. Por lo demás, a un bastón nuevo le queda bien haberse extraviado una vez: es para él la aventura de juventura y uno debe procurársela. Aunque más cómodo sería que los vendieran ya extraviados. Y aun las librerías nos chorrarian trabajo si algunos libros los expendieran ya leídos. Mejor todavía, tratándose del buen libro, que nos lo vendieran ya devuelto por los amigos prestatarios.

Réctame explicar el origen de los pequeños errores de mi discurso que tanta sportividad provocaron. Tuvo siglos antes uno preparado de encargo para recibir a Colón en su segundo viaje que efectuaba bajo instrucciones de hacer cuanto antes al descubrimiento de América, no fuera que los nativos lo verifícaran primero que él. Pero, como sucede con estos paseos apurados, muchos quedan sin hacer; y hoy los historiadores han establecido que no hubo segundo viaje de Colón sino únicamente el primero y el tercero. Recordamos de paso que si el ítem de Panamá, así como era todo de tierra hubiera sido todo de agua, el descubrimiento de América se habría realizado en China, donde a Colón se lo esperaba todos los domingos.

Aquel discurso no pudo, pues, ser aprovechado, y ahora su texto en parte se me enroscó con las palabras que hubieran sido de oportunidad.

Tan infelices experimentos oratorios me han disuadido. Dr. Figari, no obstante la admiración y afecto que quisiera atestiguaros, de dirigiros una sola palabra en el acto de homenaje que os tributamos.

Macedonio FERNANDEZ.

aportan un alivio y una liberación. La valentía de este primer ejemplificará.

Admitamos, pues, que entre nosotros mismos están ya—todavía ocultos en mayor parte—tantos o todos los gérmenes de nuestro arte futuro, y no en museos extraños, no en casa de célebres "marchands" ultramarinos. Y honremos a los raros nuestros rebeldes que, como este artista, antes de negar a otros, se afirman ellos mismos; que en vez de destruir, construyen. Honremos a los que pугaan para que el alma de la patria sea más bella.

Porque no terminaron aún para nuestra América las guerras de la Independencia.

En arte, uno de sus fuertes campeones es el pintor Emilio Pettoruti.

A. XUL SOLAR.

ANATOMIA

¿Quieres vivir en mi pecho?
Sabrás de un jardín muy rojo
donde mora un jardinero,
—mi secreto—que es un lobo
como un cordero de manso...!
Cuando enristrezcas y extrañes
te llevará de la mano
por los campos y los valles
y los cielos de mi pecho.
Así sabrás si yo canto
en las jornadas del sueño,
cuando acaricie otra mano
y cuando estoy con tristezas.
Sabrás si doy con mi beso
el alma dormida en penas...
¡cuando vivas en mi pecho!
Cuando cautiva en la caída
azul, que abrió tu ternura,
encastillada en la idea
recorras la mar de espuma
de mis sueños, y abras surcos
en el cielo de la noche
como quien conquista mundos
para los astros sin nombre...

Mi secreto, el manso lobo,
te llevará por caminos
que ni yo mismo conozco...
Carne poblada de gritos;
sangre sembrada de besos;
epidermis con temblores;
corazón trementes de ecos,
y el paso audaz de tus voces
por los rincones del pecho...

Subirás a la garganta
por la escalera del llanto,
y a mis ojos asomada
estarás toda de blanco.

Cuando apriete entre mis manos
una cartela robada,
voy a sentir por mis brazos
—caminos que nunca acaban—
tu paso breve y curioso,
hasta que al fin en el pulso
mi secreto, que es un lobo,
dormirá tu amor de un susto,
pues si llegas a las uñas
con tus puñales de celos,
dejarás caricias trunacas
en la punta de mis dedos...

Subirás con un latido
a alegrarte en mi alegría...
(Un latido es un camino
que el corazón da a la vida,
por él van las ilusiones
y retorna la hojarasca...
¡Las ilusiones son voces,
con alas, iluminadas).

¿Quieres vivir en mi pecho,
Caperucita inocente?
Ven y mírame aquí dentro;
Todo está vivo, la muerte,
es una falsa amenaza.
Un lobo dueño de dudas
bien puede guardar un alma.
Mas no se te ocurra nunca
interrogar, que un camino
se abrirá para tus pasos,
profundo, oscuro y maligno
con lazardillos de llanto...

La amenaza está en el fondo
de mis ojos que te nombran.
dormirás como una sombra...
En las fauces de mi lobo

Enrique M. AMORIN.

El espíritu del finado

(Sátira inactual)

"Los muertos no son responsables de las acciones de los vivos."—Pero Grullo.

MARTIN FIERRO acoge hoy en sus columnas, como era su deber, esta "sátira inactual" que recorrió vanamente algunas redacciones con el explicable propósito de ver la luz pública. ¡Qué peligros consecuentes humearon en sus conceptos los asesores literarios de los revistas comerciales, para negarle así la publicidad! No lo sé, pero sospecho los motivos de las reiteradas negativas. Estamos en el país y en la era de las concesiones recíprocas: si me elogias, te elogié; si callas mis defectos, callaré los tuyos. Sobre esta base edificante se construyen las reputaciones, mantienen posiciones los que nada valen y aquel que no comprende es el de la opinión autorizada. Con el beneplácito de todos la comedia se desarrolla sin interrupciones intempestivas y cada uno descuelga ejercitándose en la sonrisa oportuna y en el aplauso provechoso. Pero, a pesar de los intereses de afuera, la noble procepción de las verdades va por dentro y si dialogamos un minuto a solas, con nuestra conciencia, habremos de convenir en que estamos aplastados por una bocherosa crisis de valentía.

Decir la verdad con toda la voz es tan indispensable para la salud del mundo como para nuestra propia salvación. El mundo, en efecto, es una escala de valores cuyas posiciones es necesario destacar para que se advierta la importancia de las cosas que realmente la tienen. Y en cuanto a lo segundo, no creo oportuno insistir en la necesidad de denunciar siempre nuestro pensamiento como la mejor manera de educarnos en el ejercicio de la verdad. Recordemos las palabras de Pascal: "toda la dignidad del hombre consiste en el pensamiento." C. I.

Recién cumplidos los veinte años, con un libro de versos para publicar y un parnasiano desdén por cuanto no fuera literatura, me incorporaba un día a la redacción de "La Conciencia", diario dependiente de la tarde.

Contra todas mis provisiones, cuando el jefe de la sala me introdujo en ella, no causó admiración alguna a mis futuros colegas. Me miraron distraídamente, con la mirada obtusa de los ruminantes, cuando interrumpen el pastoreo para ver al jinete que pasa al galope.

Semejante indiferencia, con la que profundían, sin duda, demostrarme superioridad, me hizo sonreír, como un príncipe que viaja de incógnito, pues mi libro de versos, todavía en prensa, me daba derecho a todos los honores.

Retiróse el jefe y, a poco, un ordenanza me trajo una serie de telegramas noticiosos que yo debía "llevar" y que fueron para mí como "la primera salida" a los campos del periodismo.

En los días que siguieron mis colegas continuaron sin prestarme la atención debida a mi persona, y hablaban poco entre sí, como negándose a revolverse en mi presencia.

Por mi parte, yo me reservaba para el final; pero la indignación se me subía a la boca con frecuencia y a punto estuve, muchas veces, de ponerme de pie, en medio de la sala, y arrojárselas al rostro mis canciones para correrles con mi grandeza.

Les salvaron mi innata modestia y el hecho de que empezara, entonces, a ver de modo menos subjetivo.

Observando desde mi puesto, comprendí vagamente que algo fuera de lo común se estaba produciendo. Todo era regular y metódico allí: las mesas, convenien-

temente ubicadas, para dejar el mayor espacio libre, con las máquinas de escribir y demás útiles dispuestos a conciencia; ni un papel en el suelo; ni una mancha de tinta en los pupitres, ni en los secantes; ninguno de los detalles que indican displicencia o desequido y forman, juntos, el desorden peculiar de las redacciones donde se escribe la historia.

Los cronistas, sentados a sus mesas, trabajaban afanosamente, casi sin hablar, concienzudos, contraídos, identificándose con sus máquinas como si fôrmaran con ellas un solo cuerpo; o bien entraban y salían, semejantes a muñecos automáticos, en busca de noticias que traían de la calle.

Sus actos no eran de hombres libres y conscientes sino de seres hipnotizados, y daban a la actividad de la redacción no sé qué similitud con un mecanismo irresponsable.

Esta apariencia acentuábase con el inorgánico golpeo de las teclas y el de los tipos sobre el papel.

Poco a poco, sin embargo, fui conociendo uno a uno a mis colegas, hasta convencirme de que, aisladamente, eran sujetos como los demás, dueños de sí mismos y bien dotados de inteligencia. En posteriores oportunidades, frente a algunos de ellos en un café, ví, además, que no faltaban los ingeniosos y los originales. Nada tenían de común con aquellos que, en "La Conciencia", abandonaban por completo su individualidad para constituir una sola masa homogénea.

Inútilmente busqué durante algún tiempo una explicación aceptable; pues el hecho, que hubiera sido justificado en una oficina comercial, por ejemplo, era incomprensible en la redacción de un diario y atacaba por la base mi prejuicio de los periodistas.

Pero el mecanismo de la sala seguía funcionando, infatigable y monótono, de mañana y de tarde.

Por supuesto, yo quedaba aislado, como pieza de sobra o desarticulada, y hubiera tenido por humillación el verme arrastrado con los demás por semejantes engranajes.

Más adelante, cuando las causas se me revelaron, vine a saber que todo aquello pasaba por natural y así forzoso no sólo en "La Conciencia" si que también en la población, y que nunca hubo misterio más que para mí.

Sin embargo, había signos muy notables, y no me explico ahora (a pesar de que para ídolos tenía demasiado con mi persona) cómo no puse atención en un busto de bronce que se levantaba en el patio, sobre base de piedra.

Una lamparilla eléctrica, pendiente dos dedos encima de su cabeza, daba luz a la figura, cubierta, habitualmente, de ramas de laurel.

Mucho menos ostensiva, pero más perceptible que el busto, era una frase que iba de boca en boca, desde el despacho de los directores hasta la portería, desde la redacción hasta la imprenta, y que llenaba a veces la casa con un murmullo de iglesia.

Cuanto puede serlo una frase, así era ésta de vulgar y sencilla, pero con no sé qué de impresionante en las voces que la pronunciaban: "El finado"... decía alguno; o bien: "En tiempos del finado"...; y todos los oyentes experimentaban una especie de encogimiento religioso.

En el lenguaje escrito de "La Conciencia" substituíse aquellas expresiones por las que siguen: "Nuestro malogrado director"...; "la memoria veneranda de nuestro ex-director"...

Figuraban, indistintamente, en las informaciones generales y en los artículos de fondo (así llamados, sin duda, porque su esencia profundidad permite ver el fondo del articulista). En cuanto a su profusión en las



COOPERATIVA ARTISTICA
 SOCIEDAD ANONIMA LIMITADA
 Corrientes 641 - 647 U. T. 2858, Aventura
 Taller de Cuadros — Grabados — Agua Fuertes — Útiles para dibujo — Materiales para artistas — Marcos de estilos — Objetos para regalos — Cuadros originales

POETAS DE CHILE

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en la actitud de entrega.
Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.

Fui sólo como un túnel. De mí huían los pájaros,
y en mí la noche entraba su invasión poderosa.
Para sobrevivirme te forjé como un arma
como una flecha en mi arco, como una piedra en mi
(honda.

Pero cae la hora de la venganza, y te amo.
Cuerpo de miel, de musgo, de leche ávida y firme.
¡Ah los vasos del pecho! ¡Ah los ojos de ausencia!
¡Ah las rosas del pubis! ¡Ah tu voz lenta y triste!

Cuerpo de mujer mía, persistiré en tu gracia.
Mi sed, mi ansia sin límite, mi camino indeciso!
Oscuros cauces donde la sed eterna sigue,
y la fatiga sigue, y el dolor infinito.

Pablo NERUDA.

INVIERNO

Va a nevar! Va a nevar! Caida entre mis brazos,
señalas las nubes pardas que el viento empuja en lo
(alto.

Va a nevar! Va a nevar! Tu cabecita de oro
se esconde como un pájaro aterido entre mis manos.

Ya está encendido el fuego.
Trae, pequeña, mi pipa de madera
y échate a mis pies, sobre las mantas.

Deja que la nieve cubra los tejados...
A través de la ventana veremos su sonrisa blanca.
Fumaré largamente, beberé de este vino viejo
y tú cantarás mi nombre
a la sombra rosada de la llama.

Alb. ROJAS GIMENEZ.

columnas del diario era tanta que las hacía familiares a
sus lectores, como esas matas que crecen en toda la
extensión de algunos caminos.

Mis escritos eran los únicos de que estaban ausentes
y sólo en un principio, pues el temor de que me
amonestaran por mi independencia me indujo, después,
a seguir la norma establecida:

"Ya lo deja dicho nuestro malogrado director —
publicaba en un suelto —; el estado belicoso del mundo
no podía durar mucho tiempo, sin producirse un
conflicto o volver a una paz aparente"...

En realidad, la opinión era mía; pero puse pocos
reparos en cedérsela al difunto. De este modo, con mi
desinteresado concurso, toda noticia importante, del
país o del extranjero, tenía su punto de relación con
el finado, y éste centralizaba así, aun desde su tumba,
la desmedida órbita de las actividades humanas.

No obstante, quizá por eso mismo, era imposible el
definir sus rasgos psicológicos. Su personalidad se dilataba,
sin orden ni barreras, y surgía en todas partes
con la apariencia de una imponderable fuerza domi-
nadora.

Por lo mucho vago que se decía de lo que fué, lle-
gábase a conclusiones diametralmente opuestas, y las
veces que pienso ahora en él me figuro, unas, un ser
nazareno, conquistando las almas con su espíritu ge-
nial y su celeste corazón, otras, un mediocre y un
déspota, aprovechado y con suerte.

Una tarde, cuando mi libro estaba para aparecer,
uno de los directores me hizo conducir a su presencia.
Era éste un gran señor, gigante por la talla, ven-
trudo como una mujer encinta, grueso como una ama
de leche, rosado como una niña.

Estaba sentado a un escritorio de dimensiones pro-
porcionadas a su orden y volumen, y que parecía dis-
puesto para que diez secretarios se sentaran en torno
suyo.

Cuando casi sin hacer ruido y con un débil "buenas
tardes", me introduje en el despacho, colocó a un
lado la hoja que leía, no sé si para atenderme o para
darse frías, abdominales, pues vi que se tomaba el
vientre con ambas manos y que le sacudía, de idéntico
modo que para vaciar una bolsa.

Puso luego la vista en mí y acomodándose en la mesa
me dijo esto que sigue, con un vozarrón entre aflautado
y tormentoso:

—Jovenito. Sé que tiene Vd. un tomo de versos
en prensa, y como a Vd. no se le conoce y necesita
Vd. ayuda, que "La Conciencia" puede prestarle, he
formado el propósito de hacerle a Vd. un poco de
ambiente.



D. Salguero de la Hantý, por Passano.—Primer premio del Salón de la Mutualidad

Yo estaba de pio frente a mi superior. Su voz lle-
naba la sala de sonoridades impetuosas, que me arro-
taban, me aturdiran y cabaron por hacerme perder el
equilibrio mental. Por un instante no tuve conciencia de
mi ni de él, ni de cuanto me rodeaba, pareciéndome
estar metido en una caja de resonancia. Vi o creí ver
que los cristales de la puerta se estremecían.

Apenas tuve tiempo de recomponerme y conocer dónde
y con quién estaba, cuando mi interlocutor, poniéndose
de pie, con un movimiento que conmovió el machim-
brado del piso, vino a colocarse frente a mí.
—Y a propósito, dijo. Si Vd. dedicara su libro a
la memoria veneranda de nuestro malogrado director,
el nombre de éste sería de gran auspicio para la obra
de Vd.; casi le aseguraría a Vd. el triunfo. Eso favor,
sería tanto más seguro si la dedicatoria fuese en la
tapa, debajo del título. Ello no impide que vaya tam-
bién en el interior... En fin, Vd. sabe lo que hace.
Y cuente Vd. con mi apoyo.

Dicho esto, despidióme con una palmadita en el hom-
bro, sin que yo atinase a pronunciar una palabra.

Nuevamente en mi puesto de la redacción, apartado
de los demás, librése en mis interiores una polémica.

El amor a mis versos declamé que el fin justifica
los medios y que debía hacerles surgir a costa de cual-
quier sacrificio; pero ese mismo sentimiento clamaba
que era profanación el consagrarlos a un ente cual-
quiera, cuyo grado de perfección me fuesé descono-
cido.

Esto aparte, el finado merecíamos un sí es no es de
animosidad, porque se había ido sin dejarme, en aquel
ambiente, el lugar de preponderancia que por mérito
me correspondía.

Pero necesidad obliga, y tuvo que inclinarme.

Truje entonces, en justificación propia, los prece-
dentes clásicos, de filósofos y artistas que adulaban y
se sometían a sus protectores; todo en holocausto de
las Muses y para bien del Arte.

En este punto mi memoria flaquea, pero creo y diré
ahora, en honor de la verdad, que las tales razones
las aduje antes de someterme.

Así resuelto, gané la calle inmediatamente, pues era
caso de urgencia, y pensé, camino de la imprenta, en
la forma que daría a la dedicatoria.

La frase de cajón: "...la memoria veneranda de
nuestro malogrado director"... se impuso la primera.
Pero toda la mitad del trayecto le fuí restando ex-
tensión y formé, sucesivamente: "A la memoria vone-
randa del ex-director de "La Conciencia", "A la me-
moria del ex-director de "La Conciencia", "Al ex-
director de "La Conciencia".

En la segunda mitad del camino la dedicatoria fué
subiendo nuevamente de grado, y cuando puse los
pies en el taller, revestía otra vez la forma origi-
naria.

Sin embargo, mientras explicaba el asunto al regente,
hojeando los pliegos ya impresos de mi libro, el or-
gullo paternal se sobrepuso, y aquella vino de golpe
al primer peldaño, para no levantarse más.

A los pocos días la imprenta, fecundada por mí, daba
a luz mi primogénito, después de no pocas dificul-
tades:

"LA FLAUTA DE PAN"
"Al ex-director de "La Conciencia."

La aparición de mi libro me puso más en contacto
con los empleados del diario, y a ninguno dejé de
pedir juicio, en la seguridad de que podían dár-

POLEMICA

Amigos de MARTIN FIERRO:

Por razones de buen gusto, vamos a terminar esta
frívola polémica. Debiera yo, ahora, para ajustarme
a mi propia determinación, "dejar caer por el de-
clive del callar hasta el precipicio piadoso del uní-
forme silencio", como acaso dirían ustedes en sus ejer-
cicios de glosolalia ultraista. Pero inferiría un agravi-
o a los escritores de la extrema izquierda si no
protestara yo contra una equivocada afirmación con-
tenida en la réplica de MARTIN FIERRO.

Yo no he hablado en nombre de ningún grupo, y
menos en nombre y representación de un quimérico
"grupo mío". Mi artículo se titulaba "MARTIN FIE-
RRO y yo". Yo he hablado por mí. Y he hablado
con precisión realista y no con vagas ondulaciones
futuristas.

Que Dios les ayude y a mí no me olvide.
Buenos Aires, setiembre 12 de 1924.

Roberto MARIANI.

me. En efecto, todos estuvieron de acuerdo en re-
conocer y exaltar los méritos de varios poetas, lau-
rados en el concurso literario municipal, años ante-
riores: unanimidad de pareceres que me indujo a en-
trar también en el certamen. Así lo hice sin demora.

Entre los que más se interesaron en mi libro, había
uno que trabajaba cerca del directorio y era, según
vine a saber, y como si dijéramos, el sacerdote en-
cargado de mantener vivo el fuego en el altar del
difunto, sobre cuya vida y obra había escrito un buen
volumen, donde se guardaba, con encomiable celo, co-
pia de todos los documentos de aquél, inclusive las
cartas de los parientes y amigos. Tomó nota de mi
dedicatoria, pues tenía en preparación un nuevo tra-
tado.

Otro fué el jefe de "Literarias", un prosista de
renombre que cultivaba el género edilicio y a quien
debo la crítica que se hizo en "La Conciencia" de
mis poesías. Dijo, entre otras cosas, que venían de-
dicadas a nuestro malogrado director y que eran de
un poeta sin premio aún en el concurso municipal,
pero una de las mayores esperanzas de la comuna.

Huégala decir que yo continuaba fuera de esa espe-
cie de mecanismo inconciente que constituía la ac-
tividad del diario.

Pero mi situación era ya otra; pues si antes se me
tenía como pieza sobrante y tirada en un rincón, co-
menzábame ahora a vérseme como aparato autónomo
y completo, dada mi figuración con respecto al lar.

Mi ojeriza al finado no era tanta y me sentía más
próximo a él, al paso que lograba consideración y
a la espera del momento en que fuese levantado hasta
su mismo plano, donde íbamos a compartir, amical-
mente, el dominio de los de abajo.

Miraba entonces con más lástima que en un comienzo
a mis compañeros de sala, y dirigía, a veces, una son-
risa de inteligencia al busto erigido en el patio.

Un tiempo después alguien vino a la redacción di-
ciendo que mi libro había ganado el tercer premio.

La noticia me produjo desagradable sorpresa, pues
era opinión y pronóstico unánimes de mis amigos
que ganaría el primero. Sin embargo, y siendo el juicio

EDICIONES SAMET
DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

PRISMAS
POR EDUARDO GONZALEZ LANUZA
\$ 1.80

BLAS PASCAL
Y OTROS ENSAYOS
POR RICARDO SAENZ HAYES
\$ 2.50

**PETALOS EN EL
ESTANQUE**
POR HECTOR I. EANDI
\$ 2.00

"La Calle de la Tarde"
Por Nora Lange \$ 1.—

"Las Horas Alucinadas"
Por Evar Méndez. \$ 2.50

AVENIDA DE MAYO 1242 - BUENOS AIRES

inapelable, tuve que aceptar la distinción, en homenaje a los dos mil pesos que constituían la recompensa.

Por el contrario, la nueva fué gratamente recibida por "La Conciencia", que, al hacerla pública, aplaudía la imparcialidad mostrada por los jueces, premiando "La Flauta de Pan", libro de versos de uno de sus redactores y dedicado a la memoria veneranda de su ex-director... Mi nombre no aparecía para nada, omisión que atribuyo sin vacilar a la negligencia de los linotipistas.

Recibí además muchas felicitaciones de mis colegas, quienes no titubearon en declarar que la noticia no les cogía desprevenidos, pues desde el primer momento deban por descontento mi triunfo.

Esa misma tarde, la secretaria hizo circular entre los empleados una nota comenzada así:

"Comunico a Vd. que la dirección tiene resuelto que el personal ofrezca un banquete al señor (aquí mi nombre) para festejar la victoria poética que ha dado a "La Conciencia"..."

De la noche del banquete guardo el recuerdo y el sabor de un "Barbera" y un "Chianti" superiores, dignos de ser escanciados por Ganímedes.

El resto he olvidado casi totalmente. Por eso me remití a la crónica publicada en las columnas del diario, algunos de cuyos párrafos pueden servir de epílogo a esta narración:

"Tuvo lugar anoche, en el Hotel "La Comedia", el banquete tan espontáneamente ofrecido por el personal de "La Conciencia" al señor..., celebrando su triunfo literario, y para refrescar, al mismo tiempo, la memoria veneranda del ex y malogrado director de nuestra hoja.

"Las mesas habían sido dispuestas en forma de herradura, y gran profusión de ramos y bombas eléctricas daban luz y color a la sala. Luces, flores, vinos y manjares confundían sus aromas y matices..."

"Ocupaban la cabecera los miembros del directorio, su secretario, el jefe de "Literarias", el administrador y el festejado.

"Presidía el concurso un retrato de nuestro ex-director, colocado también a la cabecera y cubierto de siemprevivas.

"Los platos fueron pasando uno a uno, al compás de un "crescendo" de animación y simpatía, que estrechaba por momentos, más y más, los vínculos que nos unen en un conjunto indisoluble, bajo la advocación del hombre desaparecido.

"Después de los postres y en el instante de servirse al "champagne", uno de nuestros directores se puso de pie, dominando las mesas con su estatura.

—¡Señores!, dijo.
(En este punto—recuerdo bien—las copas tintinaron y una racha ventosa se deshizo, rodando, sobre las cabezas).

"Estamos aquí para celebrar, simultáneamente, a dos "Aguras, que se han unido una vez en el tiempo"..."

"Mostrando un espíritu justiciero que le honra, el "vivo ha proclamado su veneración al muerto, al con- sagrarle, públicamente, sus poesías, que tienen de ser, "sin duda, muy buenas. Sólo debo lamentar no haber tenido tiempo para leerlas; pero me prometo "hacerlo alguna vez.

"Aparte de la calidad de esos versos, el triunfo de "nuestro colaborador pone en evidencia el dominio "que ejerce en la opinión, aun en la de los tribuna- "les literarios, ese espíritu de ultratumba que fuera "un tiempo alma de nuestro diario."

"Señores: Bebamos a la salud celestial de nuestro "malogrado director, y porque su amparo no falte nún- "ca en nuestra casa, altar y templo suyos."

"Acallados los aplausos de los comensales, hizo uso de la palabra uno de nuestros cronistas, quien dijo, entre otras cosas, que nunca podía faltarlos ese am- paro, porque nos faltaría todo. Finalizó su discurso con este broche de platino:

"Por eso, cuando paso frente a su busto, en medio "del tragin de cada día, me quito el sombrero y le "hablo así: "Señor, estoy satisfecho porque sigo tu "ejemplo, y al cumplir con tí, cumplo conmigo."

"Por último, se puso de pie el festejado. La emo- ción de que era presa le hizo derramar las dos copas de licor que tenía delante. Veíase lágrimas en sus ojos, la copa de "champagne" le temblaba en las manos, y al hablar, su voz surgía trémula y desigual: "Se- ñores. Para descargo de mi conciencia, quiero hacer "aquí una declaración..."

"Ninguno de los circunstantes puede ignorar el eg- nocido fenómeno de la "mediumidad" en el arte, "mal llamado del subconciencia. Todos los artistas que "fueron y que son, coinciden en confesar que sus "obras no son suyas; que un espíritu oculto y mi- "lagroso les ilumina, de extraño modo, en su soledad, "haciéndoles producir maravillas que desconocen luego. "Por qué, pues, habría de ser yo la excepción de la "regla? No, señores, mis triunfos no son míos, y, con "Nervo, puedo ahora decir:

"Si mis rimas fuesen bellas,

"enorgullecirme de ellas

"no está bien;

"pues nunca mías han sido,

"en realidad, al oírlo

"me las dicta... no sé quién."

"Con la diferencia, señores, de que yo sí sé quién "me las dicta. ¡Sí, señores; yo bien sé que era el es- "píritu del finado el que venía, durante mis noches, "a dictarme mis versos al oído!

"Yo no conocí, como los presentes, a este hombre "extraordinario; pero gocé, por tal manera, de su luz "como nadie pudo gozar. ¡Y si mi premio no fuese "en oro vil; si se estilase hoy, como ayer, ceñir a "la cabeza de los triunfadores verde corona de lau- "rel, entonces, señores, no tomaría yo esa corona, sino "para colocarla, con mis propias manos, sobre la frente "de bronce de nuestro director, debajo de la bombita. "He dicho."

"Aquí, levantóse el que primero había hablado, para agradecer, en nombre del difunto, las categóricas de- claraciones del orador." ... (Sigue la crónica).

Roberto LEDESMA.

PALACIO DEL LIBRO

Solicite el Boletín
Bibliográfico

Las mejores
obras Literarias
y Científicas,
Argentinas,
Francesas
y Españolas.

MAIPU 49

U. T. 4860 Av.

B A B E L

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

Director: SAMUEL GLUSBERG

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

- * I LEOPOLDO LUGONES: LAS HORAS DORADAS \$ 2.50
- ** II ALBERTO GERCHUNOFF: LA JOFANA MARAVILLOSA „ 2.50
- ** III ARTURO CAPDEVILA: LA FIESTA DEL MUNDO „ 2.00
- * IV RAFAEL ALBERTO ARRIETA: F U G A C I D A D „ 2.00
- V LEOPOLDO LUGONES: ESTUDIOS HELENICOS „ 5.00
- * VI BENITO LYNCH: LAS MAL CALLADAS „ 2.00
- * VII GONZALEZ MARTINEZ: EL ROMERO ALUCINADO „ 2.50
- VIII HORACIO QUIROGA: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO „ 2.00
- * IX LUIS L. FRANCO: LIBRO DEL GAY VIVIR „ 2.50
- X RAFAEL ALBERTO ARRIETA: LAS HERMANAS TUTELARES „ 2.50
- XI LEOPOLDO LUGONES: ODAS SECULARES „ 2.50
- XII R. SAENZ HAYES: DE STENDHAL A GOURMONT „ 3.00
- ** XIII C. NALE ROXLO: EL GRILLO „ 2.00
- XIV GUILLERMO ESTRELLA: LOS EGOISTAS „ 2.50
- XV E V A R M E N D E Z: EL JARDIN SECRETO „ 2.00
- XVI MANUEL LUGONES: POEMAS MEDIOEVALES „ 2.00
- XVII M A R I O B R A V O: CUENTOS PARA LOS POBRES „ 2.00
- XVIII M A R T I N G I L: A G U A M A N S A „ 2.00
- XIX HORACIO QUIROGA: EL DESIERTO „ 2.50
- XX LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA „ 2.50
- XXI SAMUEL GLUSBERG: LA LEVITA GRIS „ 2.00
- XXII E. MENDEZ CALZADA: NUEVAS DEVOCIONES „ 2.00
- XXIII NICOLAS CORONADO: DESDE LA PLATEA „ 2.50

PROXIMAMENTE OBRAS DE:

LEOPOLDO LUGONES — ROBERTO J. PAYRO — ENRIQUE BANO

RAFAEL ALBERTO ARRIETA — ALFONSINA STORNI

MARIO BRAVO — HORACIO QUIROGA — BENITO

LYNCH — GUILLERMO ESTRELLA

* Agotado

* Segunda edición

Dirigir los pedidos a nombre del administrador: LEONARDO GLUSBERG, Iriarte 1664, Bs. As.

Parnaso Satírico

Al aparecer un libro sobre el Harem, del Emir Arlan.

¡Qué nos importa del Harem, Señor Emir Emin Arslan! Los tenemos aquí también. En Lavalle y en Tucumán...

Fernández Moreno.

He leído con deleite "El huerto de los Olivos". Pero tengo mis motivos Para decir:—Poco aceite. *Nalé Rozlo.*

Harto al fin de tantas losas de extraños y del país, aquí yace Jorge Luis Borges el de las dos "Proas".

En esta fosa reposa de Smith la sombra ignorada, no fué en este mundo nada más que una Smith silenciosa.

Bajo está losa no está ni estará Ortelli metido, porque él jamás ha existido ni existe, ni existirá.

E. G. L.

Yace en esta tumba fría El poeta "Nalé Rozlo" En una "horrida nox" lo Mató su alacranería.

E. M.

Sin cama y sin hospital aquí yace "Inicial" roja, murió de anemia total por no tener quien la acoja.

B. C.

"Martín Fierro" en Turquía

Probablemente muchos de los poetas de la actual generación habrán olvidado el nombre de Alfredo López Prieto. Sin embargo, fresco aun se conserva el recuerdo de su exquisita personalidad entre los que le conocieron y llegaron a ser sus amigos. Formó parte de la pléyade de literatos de donde se destacaron el inolvidable Becher, Gerschunoff, Ricardo Rojas, etc.; de la redacción de las revistas "Ideas", "Gladiador", etc., hasta que llamado a desempeñar el importante cargo de ministro de Gobierno de Santa Fe, fué abandonando poco a poco los cánulos donde había despertado singulares y sinceros afectos. Hace de esto diez años. Por la misma época, llamaron la atención sus cuentos al estilo de Edgar Poe, y sus narraciones nativas donde la hábil pluma estampaba caracteres y tipos de una fuerza evocadora vigorosísima. Dotado de un talento literario indisputable, hubiera llegado, en caso de persistir en aquella su vocación, a la mayor notoriedad, la gloria, tan deseada y siempre esquiva. Pero la vida con sus banales exigencias, lo llevó hacia otras rutas, torciendo el camino de sus predilecciones. Actualmente se encuentra en Constantinopla desempeñando el consulado de la República Argentina en Turquía. Desde las márgenes del Bósforo nos envía la carta que a continuación reproducimos, y en la cual el lector podrá sin esfuerzo comprender cuánta nostalgia encierran sus breves líneas y cuánto amor existe para la patria en el corazón de este escritor amigo.

Constantinopla, Agosto 31 de 1924.

Mi querido amigo: Recibí, no sé si enviados de Lisboa, donde hasta hace poco fui cónsul general y desde cuya ciudad pedí el traslado a ésta, varios números del admirable MARTIN FIERRO, envío que le agradezco infinitamente. En Therápia, sobre el alto Bósforo, los he leído con una atención que nada hubiera podido distraer. Publicación de coraje no simulado, vibrante, ágil, a veces profunda, no sabe Vd. con qué refocilo la he saboreado de cabo a rabo. Sátira graduada, desde el alfilerazo hasta el golpe de arreador, finura de observación, crítica a veces constructiva, odio a la estupididad, ansia de libertad, todo eso es MARTIN FIERRO. Pero cuando claman Vds. por mayor libertad, ¿creen, realmente, que no existe completa en un país donde un diario como el suyo puede expresarse a calzón quitao? A mí me parece, amigo Méndez, que el respeto a la palabra escrita y hablada es—gracias a Dios—más vivo en nuestra tierra que en estos países de civilización secular. ¡Si supiera Vd. cómo ha ido desapareciendo de Europa el derecho público! Es increíble.

Un abrazo y mi más afectuoso saludo, que hará extensivo a los que se interesen por su amigo afmo.—A. López Prieto.

Editorial Argentina "MINERVA" Esmeralda 185 U. T. LIBERTAD 0744.

NOVÍSIMA EDICIÓN
DE LAS OBRAS DE

EUGENIO CAMBACERES
Cuatro novelas argentinas

Silbidos de un Vago
(Pot-pourri)

Sin Rumbo

Con un estudio del Dr.
Ricardo Rojas.

Música Sentimental

Con un estudio del Dr.
Arturo Giménez Pastor.

En la Sangre

MANUEL T. PODESTA

Irresponsable

Novela Argentina

Reedición en homenaje
al 6 aniversario de su
muerte.

Precio devol.cada \$ 2.50



Para evitar muchos enfermedades de carácter infeccioso-contagioso, cuya puerta de entrada es la nariz y garganta, es condición esencial mantener en actividad las defensas naturales que el organismo posee en las vías respiratorias superiores.

"NASYL"

AL MENTOL, CONTRA RESFRIOS Y GRIPE.

FORMA OLIVA ESTERILIZADA A BASE DE VASELINA HORTICOMENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro nasofaríngeo, preventivo contra el oído tubo timpánico y la otitis. "Nasy!" al Gomenol, Desodorizante, contra la Ozena y Resfriados de los niños.

En venta en todas las buenas Farmacias y Droguerías

UNICOS REPRESENTANTES:
A. SANHOO Y GAMPOKOVO
Juncal, 8009 - Buenos Aires
U. T. 2544, Juncal

REPRESENTANTE
EN MONTEVIDEO:
F. Greco
Calle Reconquista, 580

PROGRAMA
SPLENDID
PRESENTA

HELENA de TROYA

Versión cinematográfica de la
ILIADA DE HOMERO

Una obra monumental
de la cinematografía

20.000 personas en escena

Reparto internacional
de primeras figuras

TODOS LOS DIAS EN EL
TEATRO SAN MARTIN

(Exclusivamente)

con acompañamiento musical ejecutado
por una
ORQUESTA de 40 PROFESORES

Superproducción «Bavaria Film»

NEW YORK FILM EXCHANGE